

Hijo del desamor

Sharon Kendrick

Hijo del desamor

Triss Alexander se enfrentó a la tarea más difícil de su vida. Cormack Casey había puesto su vida patas arriba y le había hecho mucho daño. Lo único que la había ayudado a seguir adelante había sido la idea de vengarse haciéndole el mismo daño a él.No se veían desde la Nochevieja en que habían concebido a Simon. Su hijo tenía ahora cinco meses. ¡Era hora de que viera a Cormack! Lo iba o ver, le diría que era padre, que no volvería a ver a su hijo... y se marcharía...

Capítulo 1

¿IRÍA él? Esa era una pregunta que solo podría contestar él mismo, ese hombre de casi un metro noventa, de pelo rebelde, ojos irlandeses e irreverente humor que parecía dispuesto a asomar pea: la comisura de esa boca hecha para besar.

Triss se estremeció. Tenía que tener paciencia y esperar. Había esperado catorce meses, después de todo, así que unos minutos más no debían importar.

De hecho, lo que ella debía hacer era recordar por qué había roto con Cormack Casey.

Y después debía recordar cada uno de los puntos negativos de Cormack, de manera que pudiera ocurrir el milagro de que ella pudiera permanecer inmune a él.

El sonido de las olas golpeando en la arena húmeda y blanca fuera de su cabaña retumbó en sus oídos. Triss miró su reloj y por vigésima vez se preguntó dónde estaría Simón. Era la primera vez que estaba lejos de su bebé de ojos azules y no estaba acostumbrada al dolor casi físico de su ausencia.

Nadie la había advertido de lo que podía hacer la maternidad, de los cambios irrevocables que ocurrían a partir de ella, como por ejemplo que la persona con la que estaba acostumbrada a estar le pareciera un extraño...

La cabaña que había alquilado había sido elegida especialmente porque no tenía televisión ni teléfono. Cormack era un hombre con quien la gente deseaba estar, y cuando habían estado viviendo juntos, el teléfono no había dejado de sonar. Por ello no había esas comodidades en la casa. Pero, sobre todo, ella quería toda su atención en el momento en que tirase la bomba en su regazo.

Ella le había dado el número de teléfono del pub local a Lola, que estaba cuidando a Simón, con la instrucción de que la debía llamar inmediatamente si pasaba algo o si surgía alguna cosa que la inquietase.

Rogaba que no ocurriese nada.

Pensó en la comodidad y seguridad de su elegante casa en la

zona exclusiva de St Fiacre's Huí, comprada con las ganancias de su exitosa carrera de modelo. Era el lugar perfecto para criar a su hijo, había decidido durante su embarazo.

Triss se tragó los temores que formaban parte de la maternidad y se permitió mirarse en el espejo.

El vestido de lino color ocre que había elegido era práctico y cómodo, pero tal vez le daba demasiado aspecto de madre. Y además no destacaba sobre su piel.

¿Tendría que haberse puesto maquillaje?, se preguntó.

Había decidido no maquillarse finalmente. El uso de maquillaje podría haber hecho pensar que quería toda la atención de Cormack sobre ella, algo que no podía estar más lejos de la verdad.

Tenía la cara pálida. Solo las pecas de la nariz parecían destacar. Sus ojos verdes y dorados eran grandes, pero se veían cansados si se los observaba detenidamente. No obstante, dudaba que Cormack quisiera mirarla detenidamente.

Al menos no guardaba esperanzas de que Cormack fuera a intentar algún tipo de reconciliación con ella aquel día. Ella estaba muy distinta de la mujer que él había conocido, sin aquella cabellera castaña rojiza y sin maquillaje. Y a Cormack le había gustado siempre que su chica modelo tuviera un aspecto que la hiciera deseable a millones de hombres, ¿no?

Bueno, ya no se imaginaba a nadie deseándola.

Oyó el ruido distante de un motor. Aguzó el oído y frunció el ceño pensando qué era lo que distinguía a aquel motor de cualquier otro. ¡Pero solo un hombre en el mundo iría hasta aquella playa en una cosa que sonaba como un Concorde rompiendo la barrera del sonido!

¡Cormack!

Triss se pasó los dedos por debajo de los ojos, como si con ello pudiera borrar las huellas de muchas noches en blanco. Luego se mordió el labio inferior como para que le subiera la sangre y le diera un poco de color.

Y esperó.

La cabaña estaba fuera de la carretera. Esa había sido una razón por la cual la había escogido. La playa la hacía inaccesible, y había que dejar el coche en la cima y bajar a gatas por una pared baja hasta poder caminar por la arena hasta la casa.

Entonces, ¿cómo se oía el motor cada vez más cerca?

Triss abrió la puerta de entrada y vio la máquina negra y plateada que estaba parando frente a la cabaña haciendo un estrepitoso ruido.

Solo a Cormack podía ocurrírsele alquilar una moto, pensó ella, sintiendo irritación y admiración a la vez. El hecho de que Cormack Casey fuera distinto a cualquier hombre había sido una de las cosas que la había molestado tanto como la había atraído de él.

El hombre en cuestión se estaba quitando un casco plateado y morado. Triss contuvo la respiración a la espera de ver si Cormack había cambiado su peinado por uno más sobrio y sensato, más acorde con su reputación de agudo guionista de Hollywood.

¡Pero no lo había hecho!

Y Triss, a su pesar, sintió alivio al ver su magnífico pelo negro caer por la columna de su cuello bronceado. Parecía negro azulado bajo la pálida luz del sol de marzo; demasiado despeinado, demasiado largo, con aquellas ondas que le daban aquel aspecto, como si alguna mujer se lo hubiera revuelto con los dedos.

Triss reprimió los celos y fijó su mirada en aquellos ojos azules. Eran los ojos de Simón,pensó de pronto, con la sorpresa de quien acaba de darse cuenta de algo.

—Hola, Beatrice —dijo él sin sonreír.

El acento irlandés estaba intacto, notó ella, aunque ya tenía un cierto deje de la zona del Atlántico. No la sorprendía, puesto que había vivido en los Estados Unidos desde los dieciséis años.

—Hola, Cormack —dijo Triss, sorprendida por el efecto devastador que causaba en ella.

Cormack estaba vestido con cuero negro de los pies a la cabeza: chaqueta de cuero, pantalones de cuero que se le ajustaban a los muslos musculosos y a sus interminables piernas.

La piel, pensó Triss, ese material sensual, suave y con olor a animal...

Los inteligentes ojos de Cormack no se perdieron detalle.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—¿Qué? —susurró ella.

—El cuero. A algunas mujeres las excita.

—¿Es por eso que lo usas?

—No estoy seguro. Tal vez, inconscientemente, sí.

—Pareces un obrero —le dijo ella dulcemente—. O una degenerada estrella de rock.

Cormack sonrió entonces. Y Triss se derritió. «¡Maldito sea!», pensó ella, por aquel efecto. Seguramente sabía lo que causaba con aquella sonrisa.

—Bueno, eso es apropiado, ¿no? Ya que he sido obrero y estrella de rock. Aunque nunca degenerado —hubo un larga pausa en que la estudió detenidamente—. Te has cortado el pelo, Triss —dijo.

Ella había pensado en montones de cosas que él podía decir, y se sintió decepcionada al oír algo tan corriente como aquello.

—Sí —dijo ella—. Me lo he cortado.

—¿Cuándo?

Era un tema difícil. Se lo había cortado el día que había descubierto que estaba embarazada. En aquel momento le había parecido necesario, un acto simbólico.

—No me acuerdo —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Él achicó los ojos.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Y te acuerdas de por qué te lo cortaste?

—¿Y por qué no iba a cortármelo? Las modelos cambian a menudo su imagen…

—Pero tú ya no eres modelo, ¿no es verdad, Triss?

Ella lo miró sorprendida. ¿Qué más sabía?, se preguntó.

—¿A qué te refieres?

Él frunció el ceño.

—¡Dios santo, mujer! ¿Se te ha secado el cerebro o es que mis preguntas son demasiado complejas y tengo que aclararte cada una de las palabras?

—¡No hace falta que seas tan sarcástico! —contestó Triss, furiosa, recordando las veces que él la había hecho sentir inferior con su mente afilada como una hoja de afeitar—. ¿No crees?

—No —la miró—. De acuerdo. Supongo que has dejado tu trabajo de modelo, sobre todo porque he dejado de verte en las revistas, y no se te ve en las pasarelas, ¿no es verdad?

—Es cierto. No paso modelos actualmente.

—¿Y por qué? —preguntó él, frunciendo el ceño—. Eras la mejor modelo de tu generación.

Cormack siempre conseguía sacarle lo que quería en pocos

minutos. Un minuto más y averiguaría la razón por la que ella lo había invitado allí.

¡Y ese no era su plan!

Ella no pensaba decirle nada en aquel momento. En aquel porche bajo el viento amargo de marzo formando una tormenta alrededor de ellos.

Ella lo había planeado todo cuidadosamente dé antemano. Se suponía que iban a charlar civilizadamente un rato mientras almorzaran. Una charla tranquila entre antiguos amantes que conocían bien el juego de las citas. Luego le daría la noticia.

—¿Por qué no entramos? —sugirió ella—. Hace menos frío allí. La tetera está calentándose, y estoy preparando sopa —miró el cielo gris—. Parece que el tiempo también nos traerá sopa, ¿no?

—Sí —dijo él con un gesto sardónico. Triss sabía qué estaba pensando. Su relación jamás había pasado de la tempestuosa pasión a la armonía relativa de dos personas qué viven juntas.

Cómo cambiaba la gente!,pensó Triss. Al menos ella había cambiado. Pero, ¿Cormack?

Cormack la siguió adentro.

—Has encendido el fuego —dijo él, dejando el casco en el suelo, al lado de uno de los sillones, y empezó a abrir la cremallera de su chaqueta de cuero.

—Sí —dijo ella sonriendo.

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó él.

—Tú —contestó ella sin pensarlo—. Es gracioso que hagas todos estos comentarios convencionales. No pareces tú, Cormack.

—Y Triss Alexander encendiendo el fuego y poniendo teteras y preparando sopa… tampoco pareces la misma. ¿Y qué crees que dice eso de nosotros?

—Te dejo a ti todas las deducciones. Después de todo, es en eso en lo que destacas.

—Pero yo creí que tú eras la reina en esto de deducir cosas. Después de todo, con solo hablar dos palabras con una mujer, todos se imaginaban que me estaba acostando con ella, ¿no es así, Triss?

Sus palabras le hicieron revivir el dolor y la humillación de los celos sexuales. Triss sintió que se ponía pálida.

Había odiado la situación a la que había llegado. Todas las sospechas y control sobre él. Había odiado su propio

comportamiento. Pero había sido incapaz de cambiarlo.

Triss respiró profundamente. No había llamado a Cormack para resucitar viejas batallas. Ya era una madre, y una mujer de veinticuatro años responsable. Ella debía dar ejemplo. Y si se comportaba tranquilamente, con madurez y aplomo, seguramente Cormack haría lo mismo.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella con cortesía. Él torció apenas la boca, como notando su formalidad. Se sentó en un sillón cerca del fuego.

—Estoy muerto de hambre. Pero antes necesito beber algo.

Triss pensó en lo que tenía. Una botella solo y no estaba segura de dónde tenía el sacacorchos.

—Tengo vino —le dijo ella, dudando—. Pero no hay nada más.

—Me refería a té, en realidad —dijo él, mirando incrédulo el reloj de pared antiguo que hacía tictac en un rincón de la habitación—. ¡Dios santo, Triss! ¡Ofrecerme alcohol antes del mediodía! ¡En qué círculos tan degenerados debes de estarte moviendo!

—Haré té —dijo ella, sin contestar. Y se marchó a la cocina, donde tendría oportunidad de entretenerse con la tetera y las tazas y no pensar.

Cuando volvió con la bandeja cargada, Cormack no se había movido. Aquella imagen de masculinidad y cuero negro conjuraba algo muy sensual y prohibido a la vez.

Con aquel aspecto y ese aire de diablo, era la personificación del tipo de hombre contra quienes advertirían la mayoría de las madres a sus hijas.

Excepto si se tenía una madre como la suya, pensó Triss con amargura.

—Dame —él se puso de pie y extendió las manos para sujetarle la bandeja.

Triss se puso colorada, porque sabía que ella se ponía muy vulnerable cuando él actuaba con gentileza.

—Está bien. Gracias. Puedo hacerlo.

—Pero es pesada, cariño… —le quitó la bandeja suavemente—. Siéntate. Y deja de mirarme así.

Aquel «cariño» le resultaba irresistible con aquel acento irlandés. Pero quería convencerse de que no significaba nada para él. Era una

palabra que la gente usaba todo el tiempo en Belfast. Se la había oído decir a mucha gente con la que él había tenido relación en el pasado: en un descanso del trabajo, en un rodaje con ese aire extravagantemente desenfadado que hacía que mujeres que no lo conocían de nada le metieran sus números de teléfono en el bolsillo en los restaurantes.

En aquel momento, Triss había querido reírse de su instintivo coqueteo, como se había reído él, pero la habilidad de Cormack para reírse le había hecho tanto daño como su negativa a desairar a las mujeres que babeaban alrededor de él.

—¿Te excita tener a todas esas mujeres a tu alrededor ofreciéndose? —le había preguntado ella un día.

—Te olvidas de que yo también cuento en esto, Triss —le había dicho frunciendo el ceño—. Esas mujeres sienten que me conocen porque han visto un par de películas mías. Entonces, ¿tengo que ser grosero con ellas en público? Es más fácil sonreír cortésmente y permitir que me den esos trozos de papel. Luego, los tiro. No sé por qué te molesta, cariño. No significa nada para mí, y no tiene nada que ver con nosotros, ¿lo comprendes?

Triss se había esforzado en asentir, pero el recuerdo de esos números de teléfono le habían quemado el corazón y se había torturado preguntándose si habría tirado todos los números.

Cormack sirvió té en una de las tazas de porcelana.

—No lo tomo solo ya.Con leche y dos azucarillos, por favor. Él casi tiró la taza.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído —sonrió ella. Él movió la cabeza y sus rizos bailaron alrededor de sus orejas.

—Sí, lo he oído —echó dos azucarillos en la taza y agregó leche antes de darle la taza—. Entonces, ¿cuándo dejaste la dieta para morirse de hambre?

¡Le hubiera dicho que cuando había descubierto que subir y bajar las escaleras corriendo para atender a un bebé era más efectivo que cualquier clase de aeróbic!

Bebió y contestó:

—Yo jamás he hecho una dieta para morirme de hambre, Cormack. Solo…

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —alzó la mano y recitó en un tono monótono

—: Solo que has dejado el chocolate porque no favorece a tu piel, el alcohol porque te levantas temprano, el azúcar te pone lenta...

—¡Se trataba de mi profesión! —exclamó Triss—. Y quería hacerla lo mejor posible, lo que suponía no empezar una sesión de fotos con resaca, habiendo dormido tres horas, ¡porque tú querías ir a fiestas!

—Pero yo creía que a ti te gustaban las fiestas —observó él, rascándose la barbilla.

—Supongo que, al principio, sí —Triss agitó la cabeza. Echaba de menos su pelo largo—. Pero después de un tiempo me cansé. Esas fiestas me aburrían.

—Pero no dijiste nada —dijo él.

—No —simplemente se había apartado y se había puesto fastidiosa, esperando que Cormack adivinara por qué. Pero él no lo había hecho.

Además, también la había decepcionado que ella no fuera suficiente entretenimiento para él. Que a él le gustasen esas fiestas, que las necesitase incluso.

Cormack tomó la taza en la forma habitual en él, que ella no había olvidado: sujetándola entre las palmas de la mano, como un boy scout que busca calor alrededor del fuego.

—Tendríamos que haber hablado de ello. Tal vez podríamos haber llegado a un acuerdo.

—¿Cuándo? —Triss lo miró. Él sorbió el té y la miró de un modo que. le hizo comprender que sabía de qué estaba hablando.

—No hablábamos mucho, ¿verdad?

Ella se puso colorada. Se había referido a que la agenda de sus trabajos no les dejaba demasiado tiempo libre. Pero él lo había malinterpretado. ¿Lo habría hecho a propósito?

—No —contestó ella con frialdad.

—De todos modos, por lo que recuerdo, Beatrice, las fiestas no te parecían tan aburridas. Te gustaba vestirte deslumbrantemente como para que cuando entrases en el salón todos se quedaran en silencio, ¿no? —dijo él.

—Tenía que estar lo mejor posible, sí —dijo ella a la defensiva —. Porque quería estar segura de tener suficiente trabajo. Y mi agente siempre me decía que saliera para que me vieran, decía que la gente me juzgaría por mi apariencia. Si recuerdas, esos eran los

tiempos en que no se aceptaba que las modelos se mostrasen en público con ropa vieja y el pelo recogido con una goma. Y, además, a ti te gustaba que yo me vistiera, Cormack… ¡No lo niegues!

—¡Sí, me gustaba!'—exclamó él—. Tu belleza me impresionaba, si quieres saberlo. Yo me sentía tan deslumhrado como los demás. No podía creer que estuvieras conmigo… ¡el advenedizo de Belfast!

—Quieres decir que yo era como un trofeo en tu brazo, ¿no? —preguntó ella. Él agitó la cabeza.

—No soy el tipo de hombre que necesita una mujer hermosa para afirmarse, Beatrice. Tú estabas allí porque me gustabas, no por otra razón.

«¿Y ahora?», se preguntó Triss. ¿Cuándo habían dejado de gustarse?

Triss tomó otro sorbo de té.

—Estás muy tranquilo, ¿no es verdad, Cormack? —preguntó ella.

—¿En qué sentido?

—Bueno, yo creí que lo primero que haría cualquier hombre en tu lugar sería venir a preguntar directamente para qué lo había llamado, y tú estás ahí, sentado tranquilamente, tomando el té, como un extraño muy civilizado.

—No somos ni civilizados ni extraños, en realidad, ¿no es así? —sus ojos brillaron con el recuerdo del deseo, y Triss tuvo que reprimir los recuerdos de su vida sexual con Cormack, cuando él le había enseñado todo lo que sabía del arte de hacer el amor.

Había sido tanto un shock como una emoción descubrir cuánto sabía.

—En cuanto a lo que haría cualquier hombre… Bueno, eso realmente no me interesa. Lo que sé es que la mujer con la que vivía, que desapareció de mi vida después de la noche de sexo más espectacular que jamás he experimentado…

—Cormack, no…

—¿No, qué? ¿Que no diga la verdad? —preguntó—. ¿Por qué? ¿Te perturba tanto? —Cormack sonrió. Pero Triss detectó la rabia que había detrás de esa superficie de humor—. ¿Por qué pudo haberme enviado un mensaje, así de repente, pidiéndome que me encontrase con ella en un lugar remoto en la costa sur de Inglaterra?

—¿Fue difícil arreglar lo del viaje? Él la miró achicando los ojos.

—He llegado a un momento de mi profesión en que muy pocas cosas no se pueden arreglar.

De pronto ella pensó que había esperado que él dejara todo y corriera a verla.

¡Y lo había hecho! Ella sintió esperanza.

—¿Y por qué has venido tan dispuesto? Él sonrió.

—Me intrigó el motivo por el que me lo pediste, Triss, si quieres que te lo diga. Y la sensación de estar intrigado es tan extraña últimamente, que he saboreado cada momento.

Ella se sintió decepcionada pero lo disimuló.

—¡Qué poco entusiasmado pareces, Cormack!—observó ella críticamente—. ¡Y qué cínico!

—Ese es el precio que pagas por el éxito, cariño.

—¿Estás buscando que me solidarice contigo?—preguntó ella—. Porque no lo conseguirás.

—Yo no busco nada. Has sido tú quien me ha invitado a venir aquí. Así que eres tú quien quiere algo. Yo todavía estoy esperando que me digas qué es.

—Y tú no pareces tener mucha prisa por saberlo—observó ella.

—Yo soy un hombre paciente —sonrió él. Pero su sonrisa no llegó a su mirada.

—¿Sí? Debes de haber cambiado, entonces, Cormack.

—Todos cambiamos, Triss. Es inevitable. Es parte de la vida y el crecimiento. Sin cambios, uno se estanca y se muere.

De pronto ella no solo se sintió reacia a contarle lo de Simón, sino que sintió temor.

Porque Cormack era un hombre honorable, con principios morales.

Una vez le había contado que se había enamorado de la esposa de uno de sus mejores amigos, algo por lo que se había despreciado. Se había convencido de que había ocultado sus sentimientos, pero la mujer debía de haberlo sospechado... O tal vez hubiera sido lo que había estado deseando... Había esperado a que su marido estuviera fuera, de viaje, y entonces había planeado la seducción. Se había metido en la cama de Cormack una noche tarde, sabiendo que él estaba en una fiesta, y lo había esperado desnuda allí.

Cormack le había pedido a la mujer que se marchara. Triss aún

recordaba el gesto tenso de Cormack al contárselo.

—¿Pero no era tentador dejarla que se quedara? —le había preguntado Triss.

—Por supuesto que era tentador. Lo prohibido siempre lo es. Pero la amistad es algo muy importante para mí. Y está por encima de la lascivia,ciertamente.

—¿Lascivia? —había preguntado Triss—. ¿No amor?

Él le había sonreído fríamente y le había dicho:

—¿Cómo podía ser amor? Para amarse dos personas tienen que conocerse bien, y eso no puede hacerse mientras uno de los dos esté casado con otra persona.

Era curioso que ella recordase aquella conversación. Tal vez fuera un instinto de protección que le recordase lo frío y duro que podía ser él.

Triss bajó la mirada, por temor a que Cormack viera en ellos más de lo que ella quería mostrar.

—Así que, dime, ¿has cambiado, cariño? —preguntó él con aquel acento irlandés que era dulce, seductor, duro y suave a la vez.

—Supongo que debo de haber cambiado —dijo ella.

En realidad ella se había adaptado con toda naturalidad a la maternidad. De igual modo que había empezado a vivir con Cormack como si nada, cuando él era el soltero más cotizado de Hollywood, a pesar de que ella ganaba una fortuna como modelo...

Y hasta que no conoció a Cormack Casey no se imaginó que las revistas y periódicos sensacionalistas no exageraban...

Capítulo 2

TRISS conoció a Cormack en la ciudad más romántica del mundo. Lo conoció en París, en primavera.

Fue como un sueño que se hizo realidad.

Cormack tenía que escribir un guión basado en un libro poco conocido de F. Scott Fitzgerald, que se desarrollaba en la espectacular capital de Francia.

Durante dos meses se había aislado de toda la gente que conocía y había alquilado un apartamento pequeño en la buhardilla de un viejo edificio con unas hermosas vistas de la ciudad.

Se había mezclado con la gente del lugar, y en ocho semanas había logrado hablar francés bastante fluidamente, con un resultado especialmente bueno en insultos coloquiales.

En los siguientes dos meses, se había infiltrado en la comunidad americana para aprender más acerca de los personajes sobre los que estaba escribiendo. Había sido una suerte que el embajador americano tuviera un alto concepto de él y le presentase a todo americano con influencias en París.

Al finalizar, Cormack se había sentido agotado física y mentalmente, y había pasado unos días de descanso antes de volver a su casa de Malibú a escribir su guión.

Mientras estaba sentado en una terraza de un café, Cormack se pudo relajar de toda su tensión y disfrutar de ello.

Inmune a la sofisticación de las mujeres francesas, se sintió atraído por la visión de una mujer alta y frágil, tanto que pestañeó para ver si era realidad o era un conjuro para que apareciera una criatura de otro mundo.

Ella llevaba unos sencillos vaqueros y una camiseta blanca, con una chaqueta vaquera a juego por encima de sus hombros. En la cabeza tenía un sombrero de paja con violetas de adorno. El color de las flores contrastaba con la blancura de su piel.

La mujer se sentó en una mesa cerca de la de él, pero pareció no notar su presencia, y Cormack era un experto en divisar mujeres que solo fingían no haber notado su presencia, y se sintió fascinado por su aire abstraído y por su belleza.

Ella había sacado un libro, en inglés, había notado Cormack con

placer, y lo había abierto, pero él se había dado cuenta de que miraba con poca atención las páginas. Cuando el camarero se acercó a ella, la pobre hizo un esfuerzo por pedir en francés, pero se encontró perdida, por lo que Cormack se ofreció a hacer de traductor; y en diez minutos la sedujo, después de vencer la barrera de desconfianza que había alzado ella por la aprensión que le producía el hecho de compartir la mesa con un extraño. E incluso logró que aceptase ir a cenar con él aquella misma noche.

Cuando había llegado a recogerla al hotel, ella había estado absolutamente deslumbrante, con el pelo recogido y con un vestido negro de punto. Todos los hombres la miraban con deseo, y él jamás se había sentido tan halagado de salir con una mujer.

Habían comido ostras y entrecot acompañado con vino tinto, en un restaurante de una callecita subiendo una cuesta, a la sombra de la imponente Notre Dame. La relativa inocencia de ella lo cautivó, y ella se había dejado seducir por los modales perezosos de Cormack, que no hacían nada por disimular su terrible intelecto.

Mientras bebían la segunda taza de café, ambos sin demostrar particular deseo de marcharse, él le preguntó:

—¿Cuánto tiempo más vas a estar en París?

—Me marcho mañana —había contestado ella.

—¡Qué pena! —había sido todo lo que había dicho él.

—Sí —había dicho ella.

—Vamos, ¿quieres? —había dicho él.

Y Triss había sentido pena por que terminase la velada.Afuera la luna era un semicírculo dorado.

—Es una noche cálida —había dicho Cormack. ¿Qué te parece si nos olvidamos del taxi y caminamos hasta el hotel?

—Sí —sonrió ella instantáneamente. Luego se preguntó si él pensaría que iba a acostarse con ella.

«De ningún modo», pensó. Aunque fuera tentador.

En el camino conversaron sobre política, sobre arte, sobre el tráfico en las ciudades grandes, después de que casi los atrepellase un vehículo…

Él sabía que ella era modelo, igual que ella sabía que él era guionista, pero en el anonimato de las calles de París, sus vidas profesionales parecían estar al margen.

Un sexto sentido le decía a Cormack que actuase con propiedad.

De hecho ni siquiera intentó besarla al dejarla en el hotel, aunque él sintió que eso era lo que ella quería.

Y cuando él la había besado, en el aeropuerto al día siguiente, el mundo se había parado. Los dos se habían mirado sorprendidos, como si no pudieran creer lo que había pasado, y cuando él le había pedido que fuera á visitarlo a su casa de Hollywood, ella había respondido tímidamente que sí, sin pensarlo seriamente.

Cuando Triss había vuelto a Inglaterra, el episodio le había parecido más un sueño que otra cosa, y esperó a ver qué hacía él después de aquello.

Él envió un libro. No flores, sino una novela que pensó que ella encontraría interesante. Había sido el primer hombre que no se había fijado en su apariencia de chica modelo sino en su mente. Y Triss se había sentido absurdamente halagada.

Había leído el libro, se había sentido estimulada por él y le había escrito a Cormack para decírselo.

Él le había enviado otro. Y otro. Y luego una carta con un pasaje de avión abierto, explicándole que él estaba ocupado con el trabajo de una película, pero que tenía muchas ganas de verla.

Triss no supo quién se sorprendió más cuando ella apareció en su casa de Malibú sin avisar. Él había abierto la puerta vestido con unos vaqueros y nada más.

Había habido un largo silencio.

Alguien tenía que romperlo, se dijo Triss, e hizo un esfuerzo por hablar:

—Hola —dijo nerviosamente.

Él sabía más cosas acerca de ella entonces. Le había pedido a su agente que le dijera cualquier dato que tuviera de una tal Triss Alexander y no había estado preparado para el shock de darse cuenta de que la sirena de pelo rojizo de las revistas se había ocultado en París detrás de aquella dócil belleza pálida, que había cautivado su imaginación.

—Hola —dijo él muy lentamente—. ¿Por qué no me dijiste que eras una supermodelo famosa a nivel mundial, Beatrice?

—¿Y por qué no me dijiste tú que eras el enfant terrible del mundo del cine? Él se rascó la barbilla.

—¿Importa mucho? —preguntó al fin.

Ella agitó la cabeza.

—A mí, no —contestó—. ¿Y a ti?

—No —él la miró.

Luego, sin advertencia alguna llevó la mano a la cabeza de ella y localizó la pinza que recogía su cabello tan elaboradamente y se la quitó. El pelo grueso y abundante cayó a cada lado de su cara. Ella lo oyó suspirar y vio su mirada de aprobación.

La boca de Triss tembló, se puso colorada y se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos.

—¿No vas a invitarme a entrar? —preguntó ella directamente.

—Solo si comprendes que si atraviesas este umbral vas terminar en mi cama. Probablemente en el transcurso de una hora… Eso, siempre y cuando pueda aguantar tanto tiempo.

Si lo hubiera dicho otra persona, ella habría huido, pero proviniendo de Cormack… En realidad él había puesto palabras a lo que ella había estado pensando secretamente.

Pero Triss quería algo más que pasar una noche o una tarde con Cormack, y su instinto le decía que irse a la cama con Cormack en aquel momento no era lo más sensato que podía hacer.

Entonces ella alzó sus ojos hacia él y le sonrió antes de decirle:

—Bueno, en ese caso, será mejor que te vistas, ¿no? Me puedes invitar a almorzar cuando estés listo, si quieres. Te esperaré en el coche —se dio la vuelta sin decir una palabra más.

Cormack estaba afligido.

Estuvo deseándola como un adolescente todo

el almuerzo.

La había llevado allí para impresionarla, pero ya se maldecía por su estupidez, molesto por la gente del ambiente de Hollywood que se había acercado a su mesa para saludarlo, ya que lo que le había apetecido era estar a solas con ella otra vez.

Claro que había abortado esa posibilidad. No podía creer que un hombre de su edad y con su experiencia hubiera salido con semejante frase cuando había llegado ella.

Finalmente se habían puesto de pie, bajo la luz del día, completamente al margen de la curiosidad que despertaban en los otros comensales y de la increíble pareja que formaban.

—Te llevaré —dijo él, intentando sonreír—. ¿Dónde vas a quedarte?

Triss lo miró. ¡Lo deseaba tanto! Y no se le ocurrió decir otra

cosa que:

—Supuse que me hospedaría en tu casa. Al menos esa fue la impresión que me diste en tus cartas. ¿Estoy equivocada?

Él sonrió.

—Ven aquí —le dijo. Y la estrechó en sus brazos.

Triss volvió al presente.

Miró a Cormack con aparente interés.

Debía de ser su corte de pelo que la hacía parecer más delicada de lo habitual, pensó Cormack. Sus ojos parecían más grandes. Parecía que podía ahogarse en ellos.

—Parecías a kilómetros de distancia de aquí —le dijo Cormack.

—Tú también.

—Sí, lo he estado. Literal y figuradamente.

—¿Sí?

—Estaba recordando cuando nos conocimos...

—¿En París? —balbuceó ella.

Él se rio forzadamente y la miró.

—Si no me falla la memoria, fue allí donde nos conocimos.

Triss se puso de pie. La molestaba que emplease ese tono. La hacía sentir con más desventaja frente a él.

¿Cómo iba a decirle lo de Simón, por el amor de Dios?

—¿Por qué has aceptado venir aquí, Cormack?

—Creí que ya te lo había dicho, cariño. Estaba intrigado.

—Entonces, déjame que te reformule una pregunta. ¿Qué creías que pasaría cuando vinieras aquí? ¿Que tendríamos otra noche «de sexo espectacular», como has dicho antes?

—¿Te quejas de que halague tu talento en la cama? —dijo burlonamente él.

—No retuerzas mis palabras... —dijo ella.

—Yo no retuerzo nada —contestó él con tono amenazador—. Pero mentiría si negase que te deseo todavía, Triss...

Ella cerró los ojos, al darse cuenta de que a pesar de lo que había sucedido entre ellos todavía lo deseaba también. Terriblemente.

Cormack se había puesto de pie en silencio. Se colocó detrás de ella, tan cerca que Triss oía su respiración.

—Estás tensa —le dijo él con un tono seductor—. ¿No es

verdad?

Ella conocía ese tono. Sabía lo que significaba. Connack la deseaba. Pero Cormack era un hombre que podía pasar de. la normalidad más absoluta al deseo en cuestión de segundos...

—No —contestó ella. No estoy tensa en absoluto.

—Estás tensa como la cuerda de un violín —susurró él.

—No... —luego, con un toque de desesperación, exclamó—: ¡Para, Cormack! Por favor, para ahora mismo —aunque sus palabras sonaron fuertes, ella no se atrevió a darse la vuelta, porque hubiera visto el deseo en los ojos azules de Cormack. Y si veía eso, posiblemente ella no podría resistirse y caería en brazos de él.

Cormack no contestó inmediatamente, solo le pasó los dedos por el cuello.

El efecto de su tacto en la piel de Triss fue eléctrico.

—Es como el cuello de un cisne —agregó él. Y le acarició la piel suave—. Eso es lo que eres, Triss.

Ella se estremeció al sentir su mano, y recordó cosas que era mejor olvidar.

Como la primera vez que habían hecho el amor.

Recordaba cómo le había dicho tímidamente que él era el primer hombre, la cara de placer de Cormack... Ella sin embargo había esperado una reacción de disgusto o incomodidad, el tipo de reacción que te comentaban que tenían muchos hombres frente al tema.

Pero Cormack había sido tan gentil en su pasión... Que ella se había sentido plenamente satisfecha y feliz.

Luego había sollozado en sus brazos, con la cara contra el pecho de él. Y él le había acariciado el pelo rojizo en silencio.

Recordó también el día en que le había dado una llave de su casa de la playa de Malibú. Ella se había puesto a reír al ver la cara tragicómica que había puesto él. Y él finalmente se había reído y le había dicho que estaba haciendo el duelo por la perdida de su libertad. En aquel momento, nada pareció importarles más allá de su risa compartida.

—Ven —le dijo Cormack, y la hizo darse la vuelta—. Ven aquí, Triss, cariño.

Ella lo miró. Había visto a Cormack con todo tipo de atuendos, desde los vaqueros y camiseta, hasta el esmoquin, y sin embargo

nunca lo había visto tan atractivo y deseable como entonces.

Pero iba más allá de su aspecto físico lo que la impresionaba de él. Era el saber que Simón se parecería mucho a su padre.

«¡Díselo!», se decía.

Lo miró.

—¡No te horrorices tanto! No tiene nada de malo que quieras besarme... —le dijo él.

—Yo no... —empezó a decir ella.

Pero fue tarde. Porque él tiró de ella y la estrechó en sus brazos desesperadamente. Cormack siempre había sido capaz de controlar su ansiedad cuando hacían el amor. Siempre había visto la demora de su propia satisfacción como un triunfo. Pero aquel beso era diferente. ¡Jamás había visto a Cormack tan hambriento!

La besó apasionadamente. Ella notó que estaba temblando en sus brazos.

Cormack alzó la cabeza y le dijo:

—¿Por qué estás temblando, Triss?

—Es estúpido, ¿no? —dijo ella. Apoyó la cabeza en su hombro.

Y le pareció que todos los turbulentos momentos que habían vivido se hubieran borrado de pronto.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Por qué estás temblando?

Si le decía la verdad en aquel momento, ¿no mostraría su vulnerabilidad hacia él? Y si él sabía que ella era vulnerable a él, tal vez le hiciera daño.

—¿Triss?

—Porque hace mucho tiempo... —admitió ella, reacia.

—¿Hace tiempo de qué?

—Que no tengo una relación íntima con alguien.

—¿Cuánto hace?

—Desde esa noche —la noche en que habían concebido a su hijo.

Hubo un silencio espeso.

—A mí me pasa lo mismo.

Aquello debería de haberle dado alegría a ella, «ero tuvo el efecto contrario, porque hacía más difícil lo que ella quería hacer.

Él volvió a besarla. Y ella se preguntó cuándo reuniría fuerzas para hablarle de Simón.

Capítulo 3

TRISS respiró, lo que no le fue fácil cuando lo que quería era que Cormack la siguiese besando apasionadamente, como si acabara de descubrir lo que era besar.

—¡Cormack! —exclamó ella.

—¡Ahora no! —protestó él. La dulzura de aquel beso amenazaba con sumergirla en la locura.

—Cormack, por favor...

—No tienes que rogarme, Triss, cariño —murmuró él con ironía —. El placer es todo mío, te lo puedo asegurar.

—Pero...

Era inútil. Ella se encontró echándose atrás, dejando que él le besara el cuello. Se estremeció con aquellos besos de mariposa...

—Triss —dijo él, y deslizó sus manos por los lados del cuerpo de ella, como si la estuviera esculpiendo—. Hermosa, hermosa, Triss. Es tan estupendo sentirte, me dan ganas de comerte.

Triss reprimió sus sentimientos de intenso deseo y de intensa frustración.

Cormack le acarició un pecho a través de la tela del vestido. Ella se quedó sin aliento. Se había olvidado de que era un maestro en eso. Si los hombres hubieran tenido que hacer un curso sobre cómo volver loca de deseo a una mujer, ¡Cormack se habría graduado con honores!

Triss movió las caderas sin darse cuenta, rítmicamente, buscando la prueba de la excitación de Cormack.

Aquello no era lo que ella había planeado. Se suponía que tenía que estar enfadada con Cormack.

Ella lo había llamado para informarlo de que era el padre de su hijo. Había pensado decírselo con distancia profesional, como una maestra que explica una lección.

Pero nada más.

Se lamió los labios al sentir la caricia de los dedos de Cormack en sus pezones.

—Cormack, esto no está bien... —volvió a intentar detener aquella locura.

Entonces él paró, y alzó la cabeza para mirarla acusadoramente.

—¡No! —exclamó salvajemente—. Sea lo que sea lo que pasó entre nosotros, esto no ha estado mal. Lo sabes, Triss. No puedes negarlo en tu corazón.

Ella se dio por vencida. Era pedirse demasiado negarse a lo que más deseaba en el mundo.

—Sobre todo porque Triss sabía que Cormack no volvería a hacerle el amor después de saber lo de Simón. Porque ella sabía que él se pondría furioso con ella por haber ocultado ese hecho y además no le perdonaría que hubiera mantenido en secreto la existencia del bebé durante tanto tiempo.

Pero, ¿no había sido acaso su intención? ¿Herirlo y herirse? Alguna gente lo habría llamado venganza, pero ella se había convencido de que era justo y de que estaba bien.

—Triss, déjame que te haga el amor —le dijo él—. Lo que hay entre nosotros es demasiado bueno para tirarlo por la borda. Es un crimen hacerlo si nos sentimos tan bien el uno con el otro —le dijo él, sin dejar de acariciarla.

Y ella fue incapaz de frenar sus caricias.

Al contrario. Lo besó desesperadamente, y le desabrochó la cazadora de cuero para ver su torso musculoso que el suéter de lana no podía disimular.

Metió las manos por debajo de la prenda y sintió esas tetillas planas, y las acarició de aquel modo que a él siempre le había gustado tanto.

—¡Dios santo! —exclamó él—. Beatrice... Beatrice... Mi hermosa Beatrice. ¡No sabes lo que me estás haciendo!

Ella no podía escuchar, ni pensar, mientras él le desabrochaba el vestido de lino para poder ver sus pechos.

Ella notó un silencio y una quietud que la alarmó. Abrió los ojos para saber por qué él había parado. Vio que él la estaba mirando.

—¿Qué... qué pasa? ¿Qué ocurre, Cormack? De pronto Cormack había achicado los ojos.

—Nada. Nada en absoluto.

—¿Entonces?

—Tus pechos. Han cambiado —dijo Cormack tocando el encaje del sujetador.

—¿Sí? —preguntó ella, mientras él le desabrochaba el sujetador.

—Mmmm... Están más grandes, más lozanos.

Triss se estremeció. En cualquier momento Cormack adivinaría el motivo.

Pero Cormack no parecía estar en un momento para adivinar cosas.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó él con la tensión del deseo sexual en la voz.

Triss lo deseaba tanto que no podía siquiera coordinar para alzar la mano y señalarle la puerta al otro extremo.

—Allí —susurró débilmente.

Cormack era un hombre que tomaba decisiones rápidas. Y no dudó en llevar a Triss hasta aquella puerta y abrirla.

No esperó. No la miró, ni razonó con ella. Simplemente la dejó en la cama como si tuviera todo el derecho de hacerlo. Y la besó y la besó hasta que el deseo se hizo insoportable.

—Cormack, por favor... —dijo ella, asombrada de sí misma.

—¿Por favor qué?

—¡Ya sabes qué!

—No, no lo sé —dijo él provocativamente mientras le mordía suavemente el lóbulo de la oreja—. ¡No lo sé si tú no me lo dices!

Ella sintió que si ponía en palabras lo que quería que le hiciera él, podría demostrarle que todavía él le importaba, a pesar de todas sus promesas de permanecer inmune a aquel canalla manipulador.

Eso la ponía en una posición vulnerable.

Cormack le acababa de desabrochar el resto de los botones del vestido y había quedado abierto, dejando al descubierto las braguitas de encaje color champán a juego con el sujetador. Encogió las rodillas instintivamente para cubrir su vientre, pero por el modo en que la había mirado supo que aquello lo había excitado más aún.

—Beatrice... —gimió—. Eres tan adorable. Ven aquí y déjame que te ame.

Aquella fue su caída. Porque Triss quiso creerle. Se entregó a sus brazos como un animal que buscase refugio. Y allí se quedó, en aquella calidez, a salvo, a su abrigo.

Cormack le acarició el vientre, y ella se excitó.

—¿Te gusta? —murmuró él.

—Sabes que me gusta —le dijo ella, resignada a no pelear y dispuesta ya a disfrutar de él.

—¿Sí? —sonrió él.

—Sí —contestó ella y empezó a desabrocharle la hebilla del cinturón de los vaqueros. Lo sintió estremecerse bajo sus dedos.

—¡Dios! Es como si me hubiera muerto y estuviera en el paraíso.

—Bueno, no te mueras todavía —bromeó ella.

—Si sigues haciendo eso, no...

—¿Esto? —susurró ella provocativamente, mientras le bajaba la cremallera.

—Triss, cariño, me encanta tu entusiasmo, pero si pudieras ser un poco más suave conmigo...

Triss se dio cuenta de lo que quería decir, y se sintió extrañamente tímida frente a la evidencia del enorme deseo que sentía él por ella. Notó que sus dedos empezaban a temblar y que sus mejillas se ponían coloradas con una mezcla de deseo y de incomodidad.

Miró hacia abajo y vio que la piel de sus pantalones se había abultado casi indecentemente bajo su excitación, y de pronto sintió un deseo irreprimible de tenerlo dentro de ella.

Sintió que su cuerpo volvía S. la vida. Su cuerpo reaccionó de un modo que había temido haber olvidado. Pero, ¡oh!, a Dios gracias, no había sido así.

Sintió ganas de llorar y notó que su cuerpo temblaba incontroladamente. Cormack debió darse cuenta también, porque dejó de besarle suavemente las mejillas para mirarla a los ojos:

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Son lágrimas eso que veo?

Ella apartó la cabeza.

—No—dijo.

—Sí lo son. ¿Y por qué lloras?

—Te vas a reír si te lo digo...

—¡Oh, no! No me reiré. Te aseguro que nunca he tenido tan pocas ganas de reírme en mi vida como en este momento —dijo él.

Triss se preguntó si eso sería porque no estaba disfrutando.

—Dime Triss... Por favor.

—Suena tan estúpido...

—Yo seré quien lo juzgue.

—Es solo que esto... Me da la impresión de que se repitiera lo mismo de la primera vez —admitió Para mí, claro.

—Para mí también —le dijo él.

—¡Eso solo lo dices! Has tenido muchas mujeres, Cormack. No debes ni recordar cómo fue la primera vez...

—Sí —él frunció el ceño—. Tú siempre has tenido una imaginación desmedida en cuanto a mi vida sexual.

—¿Pero no me negarás...?

—¿Que he tenido otras amantes además de a ti, Triss? ¡Oh, no, cariño! No lo niego. ¿Cómo podría negártelo? Pero la verdad es que es más aburrido de lo que te imaginas. ¿O crees que he reaccionado con otras mujeres como contigo? ¿Eso crees?

—No, supongo que no.

—¡Y no he sido responsable de todas las conquistas que me atribuyes! —dijo él—. ¿Lo comprendes, Triss?

Triss se sentía envuelta en su red de seducción y apenas pudo asentir torpemente.

—Entonces... —él le besó la punta de la nariz, pero se le notó el deseo en su rostro—. ¿Vamos a estropear esto sacando viejas historias y discusiones? ¿O vamos a hacer el amor?

Siempre había sido igual. Por un lado la envolvían sus palabras y parecían convencerla. Por otro...

Pero el efecto que él tenía sobre ella eclipsaba cualquier otro sentimiento.

Cormack era un hombre de acción. Él veía, pedía, deseaba. Tomaba.

Y a veces ella también tomaba.

Triss abrió los ojos y le dijo:

—Vamos a hacer el amor.

—Bueno, ¡menos mal! —murmuró él.

¿Era triunfo lo que expresaban los ojos azules de Cormack? De pronto no le importó. Ella lo deseaba como nunca, y quería llenar su vacío dentro de ella.

¿Y después?

No importaba lo que pasara después.

Aceptaría el dolor, si a cambio probaba el placer una vez más.

—Cormack... —le dijo ella.

—Shh... —él la tranquilizó y la tomó en sus brazos.

No le quitó la ropa, como ella había esperado, sino que dejó que ella apoyara la cabeza en su pecho, y le acarició el pelo.

Su caricia fue reconfortante y sensual a la vez, y Triss sintió que

su cuerpo iba abandonando la tensión.

—¿No es extraño? —preguntó ella.

—¿El qué? ¿El tenerte en mis brazos nuevamente?

Triss se mordió el labio diciéndose que no debía desear que las cosas fueran diferentes. Ellos no eran diferentes, eso era un hecho.

—Que me estés acariciando el pelo... ¡Casi no me queda pelo!

—Es interesante —musitó él—. Siento la forma de tu cabeza, y tienes una. forma muy bonita, te diré...

—¿De verdad?

—Sí. Casi tan bonita como tu espalda —él deslizó las manos y le acarició la espalda a través de la tela del vestido.

Ella se derritió en sus brazos. Cormack era muy astuto. Se había dado cuenta instintivamente de la aprensión que ella había tenido ante su presencia, y había sido un maestro en deshacerla.

Al menos ella no tenía otro amante con quien compararlo, pero su instinto le decía que nadie podría igualar a Cormack.

Después de un rato ella deseó algo más que aquellas caricias en el pelo, pero él tardó en aceptar su invitación. ,

Triss le besó la mejilla, luego la barbilla áspera...

—Tienes que afeitarte —murmuró.

—Me he afeitado, Triss. Y no finjas. Siempre te ha gustado la aspereza de mi cara, ¿no? Te gusta que te roce esa piel de seda que tienes escondida en la parte alta de tus piernas. Ese exquisito contraste entre tu suave femineidad y mi...

—¿Dura masculinidad? —lo interrumpió ella, y bajó la mano hasta la evidencia de su excitación.

—¡Triss!—gimió él.

—¿Mmmmm? —ronroneó ella.

Cormack debió de pensar que ya se había refrenado bastante, porque se arrodilló en la cama, se quitó su suéter de cachemir, mostrando su magnífico torso.

Le tocaba a ella suspirar.

Era difícil de describir, pero después de catorce meses de hambre de Cormack, ella lo veía más duro, más en forma. Parecía más vital de lo que lo recordaba. De pronto ella se preguntó por qué no había luchado más por mantenerlo a su lado...

Cormack la miró con una sonrisa arrogante y, mirando su vestido, le dijo:

—Quítatelo.

Triss tragó saliva. Agitó k\ cabeza. En aquel momento echó de menos su pelo y dijo:

—¡No!

—¿No? ¿Quieres que lo haga yo?

—¡Sabes que sí! ¡Maldita sea! Él se rio suavemente mientras le quitaba el vestido y lo dejaba tirado en el suelo.

—¡Ese vestido me ha costado una fortuna! —exclamó ella.

—Has derrochado el dinero, cariño. Un cuerpo como el tuyo no debería llevar tanta ropa. Como ahora —la miró de arriba abajo—. ¡Dios santo, Triss! Sea lo que sea lo que le hayas hecho a tu cuerpo, me gusta, cariño. Me gusta mucho.

¿Qué diría si de pronto le dijera que lo que le había dado las curvas que siempre había deseado había sido tener un hijo suyo?, pensó Triss, cerrando los ojos.

—¿De verdad? —le preguntó Triss.

—Sí…

Pero Triss notó un tono extraño en su voz.

—¿Qué es Triss? —preguntó suavemente—. Dime.

Aunque ella sabía que aquella era la oportunidad de decirle lo de Simón, no lo haría.

Porque Triss era mujer, además de madre, y durante catorce meses había ahogado su deseo.

—¿Triss?

—Te necesito —dijo ella. No era una mentira. Simplemente una evasión.

—Me deseas, Triss. No es lo mismo.

Ella abrió la boca para protestar. Pero fue tarde. Porque él bajó su boca y la besó apasionadamente. Y ella se ahogó en aquel beso.

Su beso era mejor que el recuerdo que ella tenía de ellos. Pero decían que la memoria podía engañar a veces. Pero no. Jamás había experimentado algo tan intenso como lo que sintió con aquel beso.

—Cormack… —suspiró. No le importaba demostrarle lo hambrienta que estaba.

—¡Triss! —gimió él.

Y sus cuerpos se unieron.

—¡Por el amor de Dios, Triss, frena un poco!

—¡No puedo! ¡No puedo! —exclamó ella, quitándole los

pantalones. Él se apretó contra ella.

—¡Dios bendito! —exclamó Triss.

Él se apoyó en un codo y la miró intensamente.

—¿Quieres que sea así? —preguntó.

—Sí —contestó ella.

Sintió que él le besaba la mejilla y de pronto la asaltó la realidad.

—Cormack...

—¿Sí?

—No quiero... quedar embarazada... Como le había pasado la noche en que habían concebido a Simón. Entonces ella había estado enamorada y no había pensado en la contracepción...

Él dijo algo suave y sacó un pequeño paquete del bolsillo de atrás de sus pantalones y lo abrió con impaciencia.

—¿Quieres ponérmelo? —susurró él provocativamente.

Las manos de Triss estaban temblando, lo que no le habría servido para aquella tarea. Pero además hacer algo como aquello le habría recordado los momentos tan íntimos que habían compartido en el pasado. Cuando el cuerpo de Cormack había sido de ella.

Sintió pena y frustración. Se movió debajo de él, y entonces Cormack gruñó y se puso el preservativo.

Ella le acarició las nalgas y él le dijo:

—¿Sabes lo que va a pasar si sigues haciendo eso, no?

—Sí.

—Esto, ¿verdad?

Él deslizó sus manos por dentro de sus braguitas y comprobó que ella estaba lista para recibirlo.

—¿Esto? —volvió a preguntar él, moviendo los dedos.

Ella se derritió ante aquel contacto. Echó la cabeza hacia atrás y gritó:

—¡Sí!

Cormack le rasgó violentamente las braguitas sin reparos y al mismo tiempo bajó la cabeza hacia su pecho, y rasgó el encaje de su sujetador con los dientes.

Ella creyó que se iba a morir de goce. Entonces notó que Cormack dejaba libre su sexo con la otra mano, que ni siquiera se iba a molestar en quitarse el pantalón...

—¿Cormack?

—Tú lo has querido así, cariño —le contestó.

Y entonces la poseyó, llenándola con toda su potencia. Y se empezó a mover rítmicamente.

Nunca lo había visto tan fuera de control. Pero aquello la excitaba más.

Todo ocurrió tan rápido que sin darse cuenta Triss se sintió transportada a otro mundo. Se vio envuelta totalmente en olas de placer indescriptible hasta que su cuerpo se convulsionó y sintió que Cormack también alcanzaba la cima del placer. ¡Y ella deseo tanto que él no hubiera estado con aquel preservativo! En aquel momento, un deseo primitivo de sentir la humedad de su semilla la embargó.

Después se quedó desnuda en brazos de él. Y sintió una profunda tristeza al saber lo perfectamente compatibles que eran en la cama.

Habría sido más fácil de no haberlo sido. Si ella no se hubiera sentido tan atraída hacia él, y él por ella.

No se habría dejado llevar por aquellas caricias en el cuello. Y no habría terminado en la cama con él, en sus brazos, oyendo el latido de su corazón aquietándose después de la pasión, como dos atletas después de una competición.

Cormack levantó la cabeza y Triss notó su mirada de satisfacción.

—¡Guau!—exclamó él.

Triss suspiró. Que Cormack hubiera disfrutado no quería decir nada más que eso. No que ella le importase.

Y ella aún debía hablarle de Simón.

Se sintió cansada, y su fatiga fue borrando poco, a poco las palabras que tantas veces había ensayado decirle. Y finalmente fue un alivio dejar escapar la tensión y entregarse al sueño.

Capítulo 4

TRISS debió dormirse, porque cuando abrió los ojos no encontró a Cormack a su lado en la cama. Se había puesto su suéter gris y los pantalones de cuero, y estaba sentado bebiendo una taza de café con expresión sombría.

Cerró los ojos como si con ello pudiera postergar el momento de la verdad. Al menos él la debía de haber cubierto con una manta, pensó agradecida, mirando el sujetador desgarrado y las bra—guitas rotas, ya inutilizadas, que llevaba a mitad de pierna.

De pronto se dio cuenta de cómo se había comportado la noche anterior.

—¿Estás avergonzada, Triss? —preguntó él burlonamente.

Ella se sentó en la cama y se tapó con la manta.

—Un poco tarde para que te cubras, ¿no crees? —dijo él con desdén.

Triss sintió hundirse su corazón, porque Cormack jamás le había hablado con ese desprecio, ni en los momentos peores de su relación.

Pero no podía dejarse intimidar.

—Tengo frío respondió, dándose cuenta de que él había recogido el vestido de lino del suelo y lo había doblado y puesto en una silla al lado de la cama.

—Ponte algo de ropa, entonces —dijo él.

Triss se incorporó para levantarse de la cama y vio que Cormack se daba la vuelta hacia la ventana.

—Te esperaré en la otra habitación —le dijo él. Al ver el gesto inconfundible de desagrado de Cormack, Triss empezó a sentir rabia.

—¿No es un poco tarde para hacerte el caballero ahora? —se burló ella.

Él se dio la vuelta y la miró con insolencia.

—¿Me estás invitando a que me acerque y que te lo vuelva a hacer?

—¿Por qué me insultas de ese modo?

—¡Quizás esté devolviéndote el cumplido, cariño! Para un hombre no es halago que lo usen de semental, sobre todo que lo

haga una mujer que una vez lo amó. ¿Me has llamado para esto, Triss? ¿Para hacerte un servicio? Seguramente podría haberte servido alguien que viviera más cerca que yo, que vivo en Malibú.

Ella se olvidó de que estaba desnuda y de todo. Lo único que quería era hacerle daño. Caminó hacia él y se abalanzó sacando las uñas y agitando los brazos.

Pero Cormack fue más rápido. Le sujetó los brazos, con gesto de deseo y desprecio a la vez.

—¿Es esta otra faceta de Triss Alexander? ¿Una gata salvaje que necesita que la domen? ¿Y a que adivino de qué modo quiere que la domen? ¿Así?

Él la besó hambriento. Ella también. Y descubrió, horrorizada, que con solo tocarla le despertaba una excitación primitiva más poderosa que nada que pudiera recordar.

Cormack le acarició el cuerpo desnudo, le quitó el sujetador estropeado, y exploró con una maestría desconocida cada una de sus curvas.

Era como si cuando hubieran estado viviendo juntos se hubiera refrenado con ella, como si la falta de experiencia de ella le hubiera hecho ser especialmente suave.

Bueno, ya no estaba siendo suave, y ella no quería que lo fuera.

Quería que sus manos la explorasen de aquel modo, y se moría por que él la hiciera suya y estuviera dentro de ella nuevamente.

Triss estaba a punto de tirarse al suelo y arrastrarlo con ella cuando él dejó de besarla y de acariciarla, como si acabase de descubrir que estaba contaminada.

Triss lo miró y dijo:

—¿Cormack?

—¡No, Triss, no! Esto no va a volver a pasar —dijo sin misericordia y se apartó—. ¡No quiero que me vuelvas a usar para satisfacer tu frustración sexual!

—Pero yo...

—¡Vístete! —le ordenó.

Algo en el tono de su voz la hizo apartarse de él, atemorizada, como si fuera un perro al que hubieran pegado.

—¡Te esperaré en la otra habitación! —dijo él y salió del dormitorio dando un portazo que casi hizo saltar todas las bisagras.

Triss tardó unos minutos en poder disponerse a vestirse. Respiró

profundamente como había aprendido en la clase de yoga. Pero le costó calmarse.

Ella no había sabido cuánto tiempo permanecerían en la cabaña, pero había pensado que al menos unas horas, durante las cuales había planeado decirle a Cormack lo de Simón. Y luego había supuesto que él la acompañaría a St Fiacre's para ver a su hijo.

Pero no había salido nada como ella había pensado, y por supuesto que no había sospechado que tendrían aquel frenético encuentro sexual, porque no podía catalogarse como hacer el amor, ciertamente.

¡Oh! Había sido muy satisfactorio. El sexo con Cormack siempre lo era, pero la había dejado con sensación de vergüenza y vacío. Y la hacía sentir terriblemente mal el saber que se había comportado como una de las innumerables mujeres que le metían números de teléfono en el bolsillo.

Al menos había tenido la previsión de llevar una muda de ropa, aunque, se preguntaba mientras sacaba la ropa interior y un suéter, si no lo habría hecho porque inconscientemente estaba preparada para lo que había ocurrido.

Se pasó los dedos por el pelo y entró en el salón. Cormack sé había puesto la cazadora de cuero y estaba recogiendo el casco.

—¿Te marchas? —gritó ella alarmada.

Él la miró.

—Sí, me marcho.

Triss sintió pánico. Todos sus planes se habían derrumbado.

—Pero, ¿por qué, por qué sales corriendo? Él alzó las cejas en señal de incredulidad.

—Creí que había dejado claro cuáles eran mis sentimientos hace un momento. Triss intentó calmarse.

—¡No comprendes! —gritó.

—¡Oh, creo que sí, Triss! Y no me siento orgulloso precisamente de lo que ha pasado.

Triss frunció el ceño, molesta por su comentario.

—Pero has disfrutado, ¿no es verdad, Cormack? —lo acusó.

—¿Disfrutado? Yo llamaría de otro modo a lo que ese sórdido apareamiento me ha hecho sentir, pero sospecho que te sentirías insultada si lo hago.

Ella estuvo de acuerdo internamente.

—Cormack, no lo comprendes…

—¡Sí! —la interrumpió—. ¡Lo entiendo muy bien! Ese es el problema. No nos hacemos bien, Triss. No podemos vivir juntos, nos destruimos mutuamente. El sexo entre nosotros siempre ha sido algo alucinante, siempre lo fue. Pero al menos antes había comunicación entre nosotros, y afecto. A veces hasta compartíamos la risa, algo que ocurre cuando uno vive con otra persona… Al menos, al principio.

—Cormack, déjame explicarte… Él agitó la cabeza.

—Primero escúchame, Triss. Tal vez eso nos ahorre una escena tan poco digna como la que acaba de ocurrir. Esta tiene que ser la última vez que nos veamos… ¿Lo comprendes, Triss?

Él la miró.

—Puesto que nuestra relación está terminada y lo único que queda es la atracción física… Eso quita valor a lo que hubo unajrez entre nosotros, o lo hará si nos entregamos al placer físico. Así que no lo haremos. Y el único modo de asegurarnos de que no ocurra es que no nos veamos.

Ella lo miró pasar el dedo por la superficie de su casco distraídamente. Luego la miró directamente.

—Tú me importas más que ninguna otra mujer que he conocido, Triss… Quizás más de lo que me importe ninguna otra en el futuro. Pero no funcionó. Eso es todo. Así es la vida —intentó sonreír conciliadoramente, pero Triss sintió que habría sido lo mismo que le hubiera tirado dardos envenenados—. Al menos no llegamos al altar —continuó—. Y por lo menos no hemos tenido niños. Es posible que hayamos hecho un desastre de nuestras vidas, Triss, pero al menos no hemos hecho infelices a nuestros descendientes.

Ella no pudo dejarlo hablar más. Le había dejado muy claro que la relación entre ellos estaba terminada.

Si Cormack seguía hablando dudaba poder decirle lo que la había hecho llamarlo.

Cormack estaba yendo hacia la puerta con gesto contrariado.

—Tienes un hijo, Cormack —dijo ella en aquel silencio.

Él se quedó inmóvil.

Triss pensó que tal vez no la había oído.

—Tienes un hijo —repitió desesperadamente, esperando alguna reacción.

Luego deseó no haber esperado nada, porque él la miró con expresión desencajada.

—Dime que lo que acabo de oír no es cierto, Triss.

Ella tragó saliva y dijo:

—Tienes un hijo.

Cormack atravesó la habitación como una pantera que acorrala a su presa, se paró delante de ella y dijo:

—Estás mintiendo...

—Me gustaría estarte mintiendo —dijo ella. Luego, cuando se dio cuenta de lo que implicaba lo que acababa de decir, agregó horrorizada:

—¡No! No he querido decir eso. Solo he querido decir...

—¡Cállate! —exclamó él enfadado.

Pero ella sabía que a pesar de la ferocidad de su expresión estaba a salvo de la violencia.

Ella había visto una vez un guión de Cormack donde ponía a un marido que maltrataba a la mujer como el ser más cobarde y detestable del mundo. Había ganado un osear con él.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Cormack.

—Tiene... cinco meses.

Ella sabía que Cormack estaba intentando deducir cuándo había sido concebido el niño.

—¡Oh, sí, es tuyo, Cormack! —le dijo—. No hay más que mirarlo para saber de qué establo viene.

—Solo que no me has dado la oportunidad de hacerlo, ¿verdad, Triss? De verlo.

—¡Tenía mis razones!

—¿De verdad? —dijo él, disgustado.

Cuando se había sentido sola, abandonada, y había estado echando de menos como loca a Cormack, le había parecido justo no mostrárselo, como venganza por el modo en que la había tratado. Ahora Triss se preguntaba si no había actuado insensatamente.

Porque sabía que Cormack se pondría furioso... Y no sabía cuál sería su siguiente acto.

—¿Dónde está ahora? —preguntó él.

—En casa.

—¿Y dónde es casa?

—En Surrey. Acabamos de mudarnos. Vivimos en una casa muy

bonita en…

Él la interrumpió con una pregunta:

—¿Quién lo está cuidando?

Triss tragó saliva. De pronto se sintió insegura de admitir que había dejado al niño con una mujer que apenas conocía.

Lola Hennessy era su vecina de al lado, una azafata de avión con buena disposición y una sonrisa muy dulce. Triss había notado el modo en que Lola jugaba con Simón, y había sabido instintivamente que Simón estaría en buenas manos.

—Lo está cuidando Lola, una amiga mía.

—Pero no es una vieja amiga, puesto que yo no te he oído hablar de ella nunca —le dijo acusadoramente—. ¿Es una persona de confianza?

—¡Por supuesto que se puede confiar en ella! ¿Realmente crees que voy a dejar a mi bebé…?

—A nuestro bebé —la corrigió.

—…¿Con una persona a la que no tenga confianza? —terminó ella.

—¿Y cómo puedo saberlo? Ni siquiera te molestaste en informarme de que tenía un niño, algo que no es muy normal. Así que, tal vez pueda imaginarme cosas raras.

Ella podía comprender en parte que dijera algo así, lo que no había esperado era que la hiriese tanto.

—Cormack, tranquilízate…

—Entonces, dime… —continuó con acento irlandés—. ¿Cuántas personas saben este secreto tuyo? ¿Tu madre? ¿Tu hermano? ¿Soy yo el último en enterarme?

—Cormack… Déjame explicarte, al menos…

—¡Guárdate tus explicaciones! Porque cada palabra tuya me pone enfermo del estómago. Recoge tu abrigo y tus cosas. Nos marchamos.

—¿Nos vamos? ¿Dónde?

—¡A verlo, por supuesto! —exclamó con los dientes apretados. La miró y dijo—: ¡Quiero ver a mi hijo!

Ella notó aquel tono posesivo en Cormack, y se sintió insegura.

—¿Qué nombre le has puesto?

—Simón.

Hubo una pausa mientras él digirió la información.

—¿Simón qué? Ella tragó saliva.

—Simón Cormaek Patrick —dijo. Cormack Patrick echó un bufido.

—¡Desgraciada! Lo has planeado todo, eres una retorcida malvada... ¿Qué derecho tienes a ponerle mi nombre a mi hijo...?

—¡Es mi hijo también!

—...Y ocultarme su existencia... —siguió hablando solo Cormack; agitó la cabeza y preguntó—: ¿Por qué?

Triss tuvo que morderse la lengua.

¿Qué derecho tenía él a acusarla de ser una retorcida y una malvada cuando ella había sabido de su comportamiento a sus espaldas y de su engaño?

Ella se pasó los dedos por el pelo cortísimo, un gesto que le quedaba de cuando había tenido el pelo largo.

—No creo que sea el momento de hablar sobre mis razones...

—¿De negarme la existencia de mi hijo?

Triss intentó no demostrar su temor y sus dudas. Cormack estaba herido, sí. Pero de pronto su victoria no le sabía tan bien como había pensado. Le parecía algo hueco y vacío.

Triss intentó endurecer su corazón y dijo:

—Todo esto no nos llevará a ninguna parte.

—¡Claro que sí! —dijo él con gesto feroz. Ella se dio cuenta de que aquella era la muerte de todo sentimiento que él pudiera tener por ella. Y Triss supo que había pagado un precio demasiado alto por la venganza. Porque si alguna vez había tenido esperanzas de que Cormack volviera a ella, al verle la cara sabía que no habría ninguna...

La primera parte del viaje a St Fiacre's la hicieron en un silencio tenso. Llevaron el coche de Triss, pero condujo Cormack. Ella no podía ni pensar en conducir. Hasta le temblaban las manos.

—¿Y qué harás con la moto? —le había preguntado ella cuando estaban en la cabaña todavía—. Podemos dejarla aquí, simplemente.

Cormack había sonreído con desdén.

—No tengo intención de dejarla aquí. Arreglaré para que la recojan y la envíen a tu casa.

—¿A mi casa? ¿Por qué a mi casa? Él la había mirado, incrédulo.

—Porque allí estaré en un futuro inmediato. Triss lo había mirado alarmada.

—¡No puedes hacer eso! —había protestado.

—¿No? —Cormack había alzado la ceja—. Ya lo verás.

—Es mi casa… —había dicho ella.

—Oye, cariño. Puedes hacer una lista de objeciones si quieres, pero, créeme, no las tendré en cuenta para mis planes…

—¿Qué planes? —había preguntado ella inmediatamente. No comprendía por qué estaba saliendo todo tan mal.

Él había agitado la cabeza.

—No pienso seguir perdiendo el tiempo discutiendo contigo ahora. Cierra con llave, métete en el coche, y hablaremos allí —él había tomado el pequeño bolso de mano de Triss, y había empezado a caminar por la arena húmeda, hacia donde estaba el BMW de Triss.

Triss había estado demasiado abrumada emocionalmente como para hacer otra cosa que obedecer sus instrucciones, así que había cerrado la cabaña y había ido hacia el coche, donde Cormack se había instalado ya en el asiento del conductor.

En el coche, ella esperó á que Cormack subiera la cuesta y se dirigiera a la autopista para volver a hablar.

—¿A qué planes te has referido antes? Hubo una pausa.

—Planes para conocer a mi hijo, por supuesto.

—Cormack, realmente pienso…

—Y el único modo de hacerlo es vivir con él —continuó él.

Sus palabras fueron como dardos letales en la piel de Triss.

—¿Vivir con él? —preguntó ella.

—¡Sí, vivir con él! —repitió él—. Porque me has negado cinco meses de su vida, ¡maldita seas, Triss!, ¡Y no voy a permitir que me niegues más tiempo de su vida!

Triss cerró los ojos y vio una imagen vivida de lo que podría ser vivir con Cormack, quien la despreciaba tanto. Se sintió mareada físicamente de solo imaginarlo.

—No puedes meterte en la casa de una persona sin que te inviten…

—Pero tú me has invitado, ¿no? Si no a tu casa, al menos a tu vida. Y debe de haber habido una razón detrás de esa invitación, ¿no crees, cariño?—sus ojos brillaron con hostilidad mal disimulada

—. Dime, ¿cuál ha sido? ¿Estás cansada del peso de la maternidad? ¿Necesitas desplegar las alas? ¿Algún hombre en el horizonte, que no puede soportar el llanto de un bebé cuando está por hacer el amor contigo?

—¡Si no estuvieras conduciendo, te pegaría por decir algo tan ofensivo como eso! —exclamó ella, dolida y ofuscada a la vez.

Él se encogió de hombros, imperturbable ante su amenaza.

—¿Ofensivo, Triss? ¿O realista?

—¿Realmente crees... —estaba tan enfadada que apenas podía respirar—... que me habría acostado contigo esta tarde si hubiera otro hombre en mi vida?

—¿Cómo puedo saber de lo que puedes ser capaz? Eres como una extraña para mí, Triss.

—¿Una extraña? —susurró ella.

Ella no había podido ver más allá de la venganza de Cormack. No había medido lo que aún sentía por el padre del bebé. Ni lo vulnerable que sería a las críticas de Cormack.

—Cormack... Compartí tu casa y tu vida durante casi un año...

—Si crees que me voy a dejar ablandar por tus recuerdos sentimentales, ¡estás muy equivocada!—contestó él, con amargo cinismo.

—Entonces, ¿cómo puedes decir que soy como una extraña para ti? —le preguntó ella, confundida.

—¡Porque la mujer de la que creí estar enamorado jamás se hubiera comportado de un modo tan despreciable! —estalló él—. De pronto me sales con la noticia de que soy padre...

—¿Y no te has parado a pensar por qué pude haberme comportado de ese modo tan despreciable? —dijo Triss, recordando corito se había sentido cuando se había enterado de que él la había traicionado.

Él agitó la cabeza.

—Me temo que tus motivaciones me conciernen menos que las consideraciones prácticas, ahora mismo, Triss. ¿A qué parte de Surrey estamos yendo?

—A St Fiacre's Hill.

—¿No es el Beverly Hills de Inglaterra? —preguntó él burlonamente.

—Eso es lo que dice la prensa del cotilleo —contestó Triss a la

defensiva.

—¿Y por qué se supone que quieres vivir allí?

—No supongas nada de mi vida. Sucedió que encontré una casa con casi nueve acres de hierba.

—¿No porque esté habitado por hombres ricos en busca de una mujer hermosa? —se burló él.

—¡Eso ni siquiera merece la cortesía de una respuesta! St Fiacre's'es seguro, tiene muchas comodidades y guarda bien la intimidad. Y se controla la entrada de gente indeseada...

—¿Como yo? —preguntó él cínicamente. Triss se quedó callada.

—Eso debe de haberte influido en tu elección de dónde vivir. Me imagino que si la gente te reconoce inmediatamente...

—¡Pero ya no me reconoce inmediatamente!—protestó ella—. Me he cortado el pelo... ¿Recuerdas?

—Puede ser que no instantáneamente. Pero sí estás reconocible. No muchas mujeres tienen ojos como los tuyos, estructura ósea, altura y posturas como las tuyas, Triss. Si hubieras elegido vivir en otro sitio, no creo que hubiera pasado mucho tiempo sin que alguien hubiera intentado sacar dinero de los periódicos contando la historia de la supermodelo madre soltera. Y la gente habría especulado acerca de quién habría sido el padre.

Triss gruñó en silencio, al recordar cuando le había dicho a Lola quién era Cormack. Pero ella confiaba en Lola.

—Pero supongo que la gente que vive en St Fiacre's es gente con el suficiente dinero como para estar más preocupada por su propia seguridad que por sus vecinos famosos. Y aunque lo hicieran, no necesitarían contar tu historia para conseguir dinero.

Triss se preguntó si la idea de decir a Cormack lo de Simón no habría sido un error. Pero era muy tarde para echarse atrás.

—Tienes que tomar la última salida de esta zona—le dijo ella—. Casi hemos llegado.

Capítulo 5

CUANDO Cormack entró por los portones de hierro forjado de St Fiacre's, con su distintivo en oro y azul marino, Triss pensó que nunca había visto aquella zona residencial tan hermosa y tan atractiva.

Era una tarde soleada de marzo. Había narcisos debajo de los numerosos árboles que se alineaban a los lados del camino.

Pocas casas estaban visibles. La mayoría estaban ocultas tras tupida vegetación y caminos de entrada que parecían interminables. Ocasionalmente se veía el humo de alguna chimenea y se oía el ladrido de un perro.

Triss volvió a sentir la alegría que la embargaba al llegar allí, a pesar de lo que había pasado. Pensó en Simón y se sintió excitada ante la idea de volver a verlo.

Cormack la miró:

—Lo has echado de menos —le dijo.

—Sí. Lo he echado mucho de menos, para que lo sepas.

Él abrió la boca para decir algo más, pero al oír el ruido de un motor no siguió.

Ella sonrió al ver que Cormack achicaba los ojos en un gesto de competencia masculina.

Un Aston Martin aminoró la marcha cuando pasó por al lado de ellos.

—¡Es como tu coche! —señaló Triss, sorprendida.

—¿Qué diablos está haciendo él aquí? Triss se dio la vuelta para ver quién conducía el coche.

—¿Quién?

—Dashwood —contestó Cormack, frunciendo el ceño.

—¿Te refieres a Dominic Dashwood? —preguntó ella.

—¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. ¿No sabe todo el mundo cosas sobre él?

—¿No serás otra admiradora del Club de Fans de Dashwood, no? Triss lo miró.

—Cuando un hombre es tan rico y tan apuesto, la gente sabe cosas de él.

—Pero me imagino que la cercanía de Dashwood no habrá sido

un motivo para que comprases la casa aquí, ¿o sí?

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Por qué iba a hacer eso?

—Para cazar un marido, ¿no? —sugirió Cormack.

Triss respiró profundamente y se dijo que debía mantener la calma.

—No estoy buscando marido.

—¿No?

—No.

—No sé si creerte, Triss.

—Me temo que lo que crees y lo que no es un problema muy tuyo, Cormack. No tiene nada que ver conmigo. Tienes que doblar a la izquierda aquí —lo instruyó.

Lo vio poner un gesto de admiración al ver la casa estilo años treinta, con una puerta de roble y los ladrillos cubiertos de hiedra.

—¿Está aquí Simón? —preguntó él cuando paró frente a la puerta.

.—Está en la casa de al lado, con Lola. Te haré pasar a casa, ¿quieres? Y luego lo traeré.

—¡Oh, no! Tengo muchas ganas de conocer a esta amiga tuya, a quien consideras apropiada para dejarle a Simón. Debes de tener un alto concepto de ella, para darle un privilegio que me has negado a mí.

—No quiero que entres conmigo si lo que quieres es provocar problemas —lo advirtió Triss.

—Solo quiero verlo, Triss. Supongo que hasta tú puedes comprenderlo, ¿no es verdad?

Triss sintió que él lo decía sinceramente, y no pudo sino asentir.

—Entonces, vamos —dijo él.

Caminaron uno al lado del otro, tensos ambos. Pasaron por al lado de los jardines de Triss y luego por los de Lola.

Cormack se asombró de la majestuosidad de la casa. La de Triss parecía pequeña a su lado.

—Tu amiga Lola es una mujer de éxito, evidentemente. ¿A qué se dedica?

Lola era azafata de avión y había heredado la casa de un hombre rico casi cuarenta años mayor que ella. Pero si Triss le contaba eso a Cormack, él empezaría a decir cosas desagradables. Y a Triss no le apetecía pasar por aquella experiencia.

Lo cierto era que Lola era una mujer exitosa, pero no en el sentido que decía Cormack, sino porque tenía un trabajo que le encantaba y una vida social intensa. Había un hombre gales muy atractivo en su vida, aunque por lo que sabía Triss le había dado muchos problemas. Su nombre era Geraint Howell—Williams.

Llegaron a la entrada, que se abrió antes de que ninguno de los dos tuviera la oportunidad de golpear la puerta.

—¡Triss, hola! —exclamó una mujer de rizos castaños y ojos azules. Debía de tener unos veinticinco años aproximadamente.

—Hemos... hemos querido volver —dijo Triss—. ¿Está todo bien?

—Simón está estupendamente —le aseguró Lola—. Me dan ganas de que se quede. Ven a verlo.

Triss intentó actuar con normalidad. Se preguntaba si se notaría que Cormack y ella habían pasado la tarde juntos en la cama.

—Este es Cormack Casey —dijo Triss dudando. Lola lo salud/) como si fuera lo más normal del mundo conocer al famoso amante de la vecina.

—Hola, Cormack —Lola le dio la mano—. He visto tu última película tres veces. ¡Me encanta! Sobre todo la parte en que ella descubre que la carta no ha sido enviada jamás.Triss notó la postura rígida de Cormack. Sabía que sospechaba cosas de Lola, y que estaba predispuesto a que su amiga no le gustase. . —¿Sí? —preguntó Cormack, con una sonrisa forzada—. Soy el padre de Simón —le dijo de pronto.

Triss miró a Lola con ansiedad. Pero Lola ya estaba al tanto de aquel hecho y no hizo más que asentir.

—Comprendo.

—¿Cómo está? —preguntó Triss otra vez—. ¿Qué tal ha estado Simón?

—¡Maravillosamente! Pero, ¡venid a verlo! ¡Ya veréis! Hemos ido a dar un paseo. Luego ha tomado el biberón. Y mi madre le ha echado un ojo mientras dormía la siesta.

Cuando Triss alzó la ceja a modo de pregunta, Lola agregó:

—Mi madre está arriba, descansando. Te lo contaré luego. Estábamos pensando en darle un poco de té a Simón. Está aquí...

Abrió la puerta. La imagen que apareció ante sus ojos puso nerviosa a Triss.

Había un hombre con el niño en brazos. Un extraño.

Cuando Simón vio a su madre hizo gorgoritos de alegría.

—¡Oh, Geraint! —rio Lola—. ¡Te ha vomitado en el hombro!

Geraint miró el hombro manchado de leche.

—Ya se lavará —dijo el hombre con acento gales. Atravesó la habitación con Simón en brazos, que le echaba los brazos a Triss—. Hola, Triss. Toma a tu niño…

El bebé rodeó el cuello de Triss.

—Hola, cariño —susurró Triss dulcemente, y cerró los ojos para restregarse contra la suavidad del pelo de Simón, sin darse cuenta de que Cormack los estaba mirando.

Triss no supo qué hacer. Pero Geraint fue en su ayuda. Se acercó a Cormack y le dijo:

—Soy Geraint Howell— Williams. Los dos hombres se miraron como dos depredadores.

—Cormack Casey.

—Sé quién eres.

—Entonces tienes ventaja sobre mí —dijo Cormack—. Porque yo no te conozco de nada.

—Voy a casarme con Lola —dijo Geraint, a modo de explicación.

—¡Geraint! —exclamó Lola, poniéndose colorada, pero con ternura.

Triss recordó cuando Cormack y ella tenían una relación así.

Tenía que marcharse de allí antes de que hiciera algo imperdonable, como ponerse a llorar.

—Será mejor que nos vayamos. Muchas gracias… —dijo Triss.

—No tienes nada que agradecernos… Ha sido un placer. Vete tranquila. Y arregla las cosas entre vosotros.

Cormack caminó en silencio hasta la casa de Triss.

Estaba muy serio, y miraba al bebé con la curiosidad de quien hubiera encontrado algo sobrenatural.

Una vez en la casa, ella fue directamente a la cocina.

—Aquí tienes —le dijo Triss, y le dio al bebé—. Tenlo un momento. No te preocupes. Es muy bueno. Siempre se va contento con los… —se interrumpió cuando se dio cuenta de lo que iba a decir.

—¿Con extraños? —dijo él.

—Lo siento, no he querido...

—Por favor, no te disculpes —dijo Cormack en un tono autoritario y crispado—. No es más que la verdad —y bajó la mirada hacia el tibio niño que tenía en sus brazos.

Primero sujetó a Simón con inseguridad. Luego se sentó en una banqueta de la cocina y Simón lo miró con curiosidad, con idénticos ojos azules a los de su padre.

Triss se dio la vuelta y se puso a hacer cosas, intentando reprimir unas lágrimas que pujaban por salir.

Eran parecidos, pensó Triss. Pero, lamentablemente, el hecho de que tuviera ante sí una imagen idílica típica de anuncio no quería decir que las cosas hubieran cambiado.

Puso agua a hervir e hizo té. Luego tomó patatas cocidas y brécol del frigorífico y los calentó.

Cuando el plato estuvo preparado se dio la vuelta y vio a Simón tomando un mechón de pelo de su padre. Pero fue la expresión de Cormack lo que heló su corazón.

Porque había dejado de mirar a Simón con ternura y la estaba mirando a ella con desprecio.

—¿Qué derecho tenías a negarme esto...? —preguntó.

Sus labios temblaron, pero ella no lloró.

—No quiero una escena ahora. Aquí no, ahora no. Delante de Simón, no. Solo va a confundirlo.

—¿No crees que ya lo has confundido bastante? —la acusó él—. ¿Dejándolo con alguien que apenas conoce? ¿Tú crees que es aceptable que Geraint Howell—Williams lo conozca y lo tome en brazos, ¿verdad, Triss? ¿Una persona que no tiene conexión apenas con su vida, mientras que yo no tengo derecho más que a las sobras de Simón que tú consideras oportuno darme?

—He dicho que ahora, no, Cormack —repitió ella temblorosa, observando a Simón, que miraba a los dos—. No quiero discutir delante de Simón. Es lo que menos nos hace falta.

—No te atrevas a hablarme de mis necesidades, cuando a ti no te importan en absoluto —protestó él.

Simón empezó a gimotear. Entonces Cormack, sin decir nada, se lo dio a Triss.

Ella intentó actuar con naturalidad. Puso a Simón en la trona, y colocó el plato de comida frente a él, haciendo ruidos graciosos

para que el niño se distrajera y gorjeara.

Pero se daba cuenta de que Cormack la miraba acusadoramente todo el tiempo. Era casi insoportable la amargura que emanaba de él.

Cormack fue hacia el ventanal que daba a los jardines, y se quedó allí, en silencio.

Triss terminó la cena del niño con yogur y fruta, un postre que el niño comió con ganas.

—Te gusta, ¿eh, cielo? —le dijo ella.

—¿Frambuesas? ¿Le das frambuesas? —preguntó él, como si estuviera hablando de arsénico.

—¡Sí! ¿Qué tiene de raro?

—Que no es la temporada y son muy caras —observó él juzgándola críticamente.

—Sí.

—¿O sea, que lo malcrías, dándole todo lo que se le antoja? ¿Quizás para compensar el que no le des un padre?

Triss lo miró.

—¿Y qué si lo hago?

—A los cinco meses da igual. Pero me parece algo básico que, si sigues haciéndolo, cuando sea mayor tal vez sea un malcriado y desagradecido...

—¡Solo me has visto con Simón diez minutos! ¿Cómo te atreves a criticarme por ser una mala madre?

—Yo solo estaba señalándotelo...

—Y además, ¿qué sabes tú de criar a un hijo? —le preguntó ella enfadada.

—¡Nada en absoluto! ¡Puesto que tú me niegas el derecho a decir nada sobre la crianza de mi hijo! Pero ya no lo harás, Triss. ¡No vas a apartarlo de mi vida!

Ella alzó la barbilla, orgullosa, aunque era un gesto de temor disimulado.

—¿Estás intentando intimidarme, Cormack? ¿Se daría cuenta de que ella estaba a punto de un ataque de nervios?

—No, no lo estoy —dijo él más suavemente—. ¿Qué ganaría con ello? Quiero ser sincero contigo y actuar de frente, Triss. No quiero juegos. No quiero secretos. Te diré exactamente lo que quiero en relación a Simón.

—¿Y si no lo acepto?

—Eso dificultará las cosas .para todos, incluida tú.

—Ella agitó la cabeza.

—No sé cómo vamos a resolver esto.

—Entonces, tal vez, por primera vez en nuestra relación, deberíamos intentar un compromiso. El que nuestra relación amorosa haya terminado no quiere decir que podamos arruinar la vida de Simón, ¿no crees?

Ella sintió ganas de llorar. Había dicho «terminado». Su relación amorosa había terminado.

Aquello era absurdo. Ella era quien sentía ganas de llorar, en lugar de experimentar un sentimiento de triunfo sobre Cormack, quien supuestamente debía de estar herido. Y sin embargo era al revés.

¿Por qué se sentía vacía de pronto?

¿Es que había tenido esperanzas de que, al ver a Simón, Cormack se planteara volver a intentar un romance con ella?

Bueno, ya podía despedirse de esa esperanza.

Porque aunque él aceptase el hecho de ser padre, ella ya no ocupaba un lugar en su corazón ni en su vida, excepto como la madre de su hijo.

Capítulo 6

C

ORMACK metió las manos en los bolsillos. —Ahora me voy —le dijo a Triss. Ella sintió cierta decepción mientras limpiaba la boca de Simón, sucia de frambuesa.

—¿Te marchas?

—No te pongas muy contenta, cariño —extendió la mano y acarició la cabeza del pequeño.

Por primera vez Triss se dio cuenta de cuánto lo había herido negándole a su hijo.

—Cormack...

—Me marcho a Londres a arreglar unas cosas. Como traer mi ropa aquí, y postergar un par de reuniones que tenía para esta semana.

—¡Oh, no quiero entorpecer tus reuniones!—dijo Triss sarcásticamente.

—No lo harás. No tiene nada que ver contigo—sonrió fríamente —. Lo hago por Simón. Y volveré, no lo dudes, Triss.

—¿Cuándo? —preguntó ella.

Le dio un sonajero a Simón, que seguía sentado en la trona, y acompañó a Cormack a salir de la cocina.

—Esta noche —contestó él.

—¿Esta noche? —preguntó ella mirándolo. No podía dejar de recordar que aquel cuerpo le había dado tanto placer.

¿Cómo había podido acostarse con él, sobre todo después de lo que había pasado la última vez?

—¿Por qué esta noche? ¿No sería mejor dejarlo para mañana, después de que hayamos dormido bien?

—¿Mejor para quién? Para mí, no, ciertamente. Ni para Simón. Puede ser que sea mejor para ti. ¿Acaso interfiere con otros compromisos, Triss? Tal vez tengas una cita que no puedas cancelar.

—Si vas a seguir insultándome de ese modo, mintiendo acerca de mi vida sexual...

—¿Qué? —la interrumpió—. ¿Que si sigo te comportarás más despiadadamente conmigo? ¿Qué vas a hacer ahora, Triss? ¿Cual es tu próximo paso? ¿Mostrarme a mi hijo y luego quitármelo otra vez?

Ella agitó la cabeza.

—Por supuesto que no —contestó.

—No puedo dar nada por supuesto. Has tenido nueve meses en tu vientre a mi hijo, sin siquiera decírmelo, y cuando nació, decidiste no decírmelo. Debes de odiarme, evidentemente, Triss —la miró intensamente—. ¿Realmente me he comportado tan mal contigo como para merecerme un trato tan cruel?

Él podía ser muy persuasivo. Ella se había olvidado. Y no debía olvidar tampoco lo que había motivado aquella venganza.

—¿Es así, Triss? —preguntó él suavemente—. ¿Tan mal te he tratado?

Ella lo miró con sus ojos verdes y dorados.

—Esa es una pregunta que debes preguntarte tú, Cormack. No, yo.

Se miraron un momento.

—¿Puedo llevarme tu coche? —le preguntó luego él, en un tono

que despertaba el instinto maternal de cualquiera.

—¿Qué harías si te digo que no? . Él se acercó.

—Haría que cambiaras de idea.

—¡Me gustaría verlo! Inténtalo.

—Eso suena como una invitación, cariño. ¿Quieres comprobarlo?

Ese era el problema. Ella sabía cuál sería el método para lograr que ella le dejara el coche. Se lo decían los ojos de deseo de Cormack.

Y si la besaba en aquel momento estaba perdida. Todavía estaba recuperándose del episodio de la cabaña, y estaba sinceramente sorprendida de que Cormack no lo hubiera vuelto a mencionar desde que habían llegado a la casa.

¿Era aquello consideración por los sentimientos de ella? ¿O pensaría echarle en cara los recuerdos de su comportamiento desinhibido más tarde?

—¿Y? —murmuró él—. ¿Quieres que lo intentemos?

—No, gracias —dijo ella, y dio un paso atrás.

—Una pena... —Cormack sonrió burlónamente. Fue hacia la puerta y pasó el umbral. Se detuvo un momento y dijo:

—Adiós, cariño. Volveré más tarde.

—Adiós.

Triss volvió a la cocina tambaleándose. Simón estaba tirando el yogur y las frambuesas por toda la trona.

Ella instintivamente tomó un rollo de papel de cocina y lo limpió, sin prestar atención prácticamente. Tenía la mente en otro sitio.

La mente era algo que podía controlarse con voluntad, se dijo. Y ella lo había practicado muchas veces.

Se podía apartar los recuerdos para que no hicieran daño. Eso era lo que había hecho Triss durante los nueve meses de embarazo, cuando se había sentido sola.

El tema de Cormack había sido como una tarta en las dietas. ¡Había que evitarlo a todo costa!

Sin embargo, aquel día lo había echado a perder todo echándose en sus brazos...

Triss suspiró y sacó a Simón de la trona. Lo llevó arriba para bañarlo, sabiendo que estaba permitiendo que sus pensamientos se

metieran por territorio prohibido.

Y había una sola pregunta que clamaba respuesta: ¿Qué les había pasado a Cormack y a ella en el camino?

Después de ese almuerzo en el restaurante favorito de Cormack de Malibú, volvieron a la casa de la playa, sabiendo que Triss pensaba acostarse con él.

Ella debería de haberse sentido intimidada. Él era, después de todo, uno de los solteros más cotizados de Hollywood, y había tenido muchas novias.

No era que Triss se sintiera inferior. Ella sabía que el mundo valoraba su aspecto y su cuerpo, aunque ella, al igual que las otras modelos, veía las imperfecciones en su cara y en su figura. Sabía que aquel mundo era irreal, y que su futuro dependía de algo que no podía predecirse.

En pocas palabras, era terriblemente insegura.

Muchos hombres, ricos, inteligentes, habían intentado seducirla en el pasado. Pero ella no se había sentido ni remotamente tentada por ellos.

Hasta aquel momento.

Durante el almuerzo habían charlado mucho.

Durante la infancia ninguno de los dos había sido demasiado feliz, pero la crianza de Cormack había sido más dura. Él había sido el menor de cinco hijos, once años menor que alguno de sus hermanos, y en cierto modo se había criado como hijo único.

Cuando Cormack estaba creciendo sus hermanos ya se habían marchado de casa, alejándose de Joseph Casey, su padre, y de su relación con la bebida.

Cuando la mala salud se había llevado a su madre, teniendo el pobre muchacho doce años, Joseph Casey había descubierto que había quedado libre de las críticas de otro adulto, y se había entregado tranquilamente a. la bebida.

Era una vida aterradora para un niño. A Cormack le echaba las culpas de todo. Cuando a Joseph lo echaban de un empleo, había sido culpa de Cormack, que era un niño muy demandante. Cuando no había dinero para comida, a Cormack lo acusaba de comérsela toda. Y con las acusaciones llegaba la violencia física, que se hizo más acusada a medida que Cormack fue creciendo y haciéndose hombre.

Y había sido la violencia lo que lo había decidido a marcharse de casa.

A los dieciséis años huyó a Dublín, donde se había hecho cantante en una banda de rock desconocida, cuyo futuro habría de cambiar cuándo Cormack empezara a escribir sus canciones. En términos de popularidad y ventas, la banda había superado el récord en Manda, luego había entrado en Europa, y más tarde en los Estados Unidos.

Triss había escuchado todas esas historias de Cormack con aquel acento irlandés.

—¿Por qué diablos dejaste la banda, si os iba tan bien? —le había preguntado ella.

—Es un estilo de vida para gente joven —había sonreído él—. ¡Para gente que quiere estropearse la salud! Además, me gusta más escribir historias donde hago vivir a mis personajes. Ahora... —la había mirado con sus ojos azules—. Cuéntame cosas tú.

—Yo... —ella lo había mirado con aquellos ojos verdosos, asombrada de querer abrirle su corazón.

Los hombres habían querido siempre que les contase cosas. Pero ella siempre se había cerrado. Pero había algo en aquel hombre que le inspiraba confianza.

Pero el hábito de toda una vida era difícil de cambiar, y Triss había agitado la cabeza.

—Déjalo, entonces —le había dicho él.

—Quiero... Quiero contarte cosas —había dicho ella.

—Entonces, cuéntamelas, cariño —había sugerido él.

Así que ella le había contado que había crecido siendo la hija de una mujer muy hermosa, cuya belleza había terminado corrompiéndola y determinando su vida para siempre. Una mujer que no había aceptado la idea de hacerse mayor, que había visto a su hija como una competidora, como una amenaza, más que como alguien a quien amar.

—Mi madre siempre ha querido a mi hermano —había dicho Triss—. Es médico y está casado con otra médico. Les va muy bien.

—No has mencionado a tu padre... —había dicho Cormack.

—Es que mi padre no estuvo con nosotros. Desapareció un día, hace años... Así, literalmente. Nadie lo volvió a ver.

—¿Cómo era?

—Era un playboy muy atractivo, que perdió todo su dinero, y cuando le pasó eso, perdió a mi madre también.

—Entonces, ¿cómo sobrevivisteis? Triss recordó el pasado, que pocas veces se permitía recordar.

—¡Oh! A una mujer tan guapa como mi madre no le faltaban «acompañantes» apropiados, entendiéndose por tales hombres ricos —agregó con cinismo—. Vivía de los hombres básicamente —explicó Triss con voz temblorosa—. Y aún lo sigue haciendo. Solo que a medida que pasan los años, y su aspecto físico empeora, sus exigencias bajan proporcionalmente. Por lo tanto, los hombres son cada vez más desagradables. Ella es… —dijo con un hilo de voz. Era un tema que la afectaba demasiado.

Pero Cormack no la consoló tontamente.

—Vive en el sur de Francia ahora mismo —continuó Triss—. Con un hombre que ha hecho dinero con una empresa de galletas para perros.

Triss se sonó la nariz, y se marchó al aseo. Cuando volvió, Cormack estaba pagando la cuenta, y ella lo miró agradecida.

—¿Todo bien? —preguntó Cormack. Ella asintió—. Podemos tomar el postre en casa, más tarde —agregó él.

Triss se puso colorada, algo que la molestó.

Volvieron en el Aston Martin descapotable de Cormack. El pelo de Triss volaba con el viento. Y el azul del Pacifico deslumbraba con los rayos del sol.

Cuando llegaron a la casa, Cormack apagó el motor y la miró. Ella estaba con las manos entrelazadas fuertemente. Era evidente, para Cormack, que el lenguaje corporal de Triss expresaba temor. Como si le estuviera diciendo: «Déjame en paz».

—¿Has cambiado de opinión, cariño?

—¿Acerca de qué?

—De quedarte conmigo.

—¿Importaría si hubiera cambiado de parecer? —preguntó ella.

Él estiró una mano y liberó un mechón rizado del cabello de Triss que le caía encima de los labios.

—Claro que importaría. Pero no del modo que estás pensando.

—Tú lees el pensamiento, ¿no es verdad, señor Casey?

Él sonrió con una sonrisa irresistible.

—No me hace falta hacerlo. Dicen que los ojos son la ventana

del alma, ¿no? Y los tuyos me están diciendo todo lo que necesito saber en este momento, cariño.

—¿Qué te dicen?

—Que me deseas tanto como yo...

—¡Cormack! —protestó Triss, tocándose las mejillas encendidas —. ¡No!

—¿No, qué? ¿Que no diga la verdad? ¿Por qué no? ¿Por qué tenemos que ocultar los sentimientos con convenciones?

—¿Y es eso lo que estoy haciendo yo? —preguntó ella, intrigada.

—Seguro. Tú quieres que te lleve a la cama, pero ahora estás reflexionando, pensando que no nos conocemos lo suficiente, que hace poco tiempo que nos conocemos. O que no sabes cuáles son mis intenciones...

—¿Honorables? —preguntó ella, entre indignación y risa.

—Bueno, por supuesto, no te puedo prometer matrimonio en este estadio...

—¡Eso no es lo que he querido decir! —protestó ella.

—¿No? ¿Entonces qué has querido decir?

—¿Por qué no me lo dices tú a mí? —preguntó ella en un tono algo petulante, pero era incapaz de refrenarse—. Ya que pareces el experto en este tema...

—¡Oh, lo soy! —murmuró él—. Lo soy, sí—dijo.

Pero toda conversación terminó cuando él se echó hacia adelante y la besó.

Triss nunca había creído en el poder de los besos que aparecían en las películas y las novelas, que parecían dejar inconscientes prácticamente a las mujeres, en brazos de su galán, pero después de aquel beso fue una ferviente defensora de que aquello era verdad.

Había sido mágico. Como ningún otro beso. Tanto que se había preguntado si Cormack no habría echado algún poderoso afrodisíaco en la bebida del almuerzo... Aunque su instinto le decía que seguramente Cormack no tendría necesidad de hacer algo así, ni la inclinación a hacer algo de ese estilo.

Triss se sintió mareada, llena de alegría. Era como si aquel beso hubiera estado lleno de pequeñas burbujas de felicidad que se extendían por sus venas. Sintió que se abandonaba, y empezó a gemir, y a oír los gemidos de Cormack, que tenían un toque de desesperación.

Cuando el beso terminó por fin, y fueron capaces de separar sus bocas para tomar aire, Triss descubrió que la mano de Cormack estaba debajo del vestido de ella, descansando en la parta alta de su muslo desnudo, acariciándolo.

Y sin saber cómo, sus propias manos se deslizaron por debajo de la camisa de seda de Cormack para acariciarle la espalda con igual placer.

Los ojos de Cormack parecieron oscurecerse y, en medio de su aliento entrecortado, dijo algo que debió de ser en gaélico, porque fue el sonido de un idioma que ella jamás había escuchado antes.

Con un gran esfuerzo, él quitó su mano del muslo de Triss, y se apartó de ella todo lo que pudo, algo que no era fácil, dada la intimidad que propiciaba el Aston Martin.

—Esto no es justo —dijo él, como hablando consigo mismo—. ¿Quieres que te lleve a casa?

Fue como si la despertasen del más delicioso de los sueños. Triss lo miró con cara de impaciencia.

—¡No! —le dijo, con tanta indignación, que Cormack fue incapaz de reprimir la sonrisa—. Creí que nos íbamos a acostar juntos.

—¿Eres virgen? —preguntó él, de pronto, con un acento irlandés muy marcado.

Ella se preguntó cómo lo habría adivinado. ¿Lo había besado como una principiante?

—S... Sí —balbuceó ella. No se le ocurrió negarlo.

Él volvió a sonreír, pero aquella vez su sonrisa fue como el sol de mediodía, brillante y cegadora, que hacía parecer insignificante cualquier otra sonrisa a su lado.

Él se llevó la mano de Triss a la boca y la besó suavemente, sin dejar de mirarla.

—¿Sabes una cosa, Triss? —murmuró él—. Yo no he sido nunca un hombre de rezos, ¡pero creo que has oído el mío, en todo caso! Y ahora, decide, ¿te llevo a casa o te quedas aquí? En cualquier caso mañana desayunaremos juntos. Y almorzaremos juntos. La cena también la compartiremos. Entonces, ¿qué dices?

Triss estaba en el anzuelo ya.

—Me parece que me quedo —susurró Triss, y dejó que Cormack la llevara a la casa.

Primero la llevó a la cocina. Le preparó un té de jazmín. Luego la llevó al dormitorio, una habitación vacía, a excepción de imfuton en el que dormía. El suelo era de madera color miel, con un brillo suave. Un edredón blanco cubría la cama. Por la ventana abierta, entraba una brisa suave.

No había ni un solo cuadro en las paredes, puesto que el arte habría distraído la atención del arte vivo que había fuera: desde la ventana se veían los diferentes azules del mar y el cielo.

—Ahora, ven aquí —susurró él suavemente.

Cormack se tomó la tarea de desvestirla con calma, por lo que cuando ella finalmente estuvo desnuda en sus brazos, toda su timidez se había esfumado, y lo deseaba tanto como él a ella. E incluso parecía poder refrenarse menos que él.

Y cuando terminaron de hacer el amor, ella lloró porque había sido perfecto. Él había besado sus lágrimas, y le había pedido que se fuera a vivir con él, y claro, ella había dicho que sí.

Triss se merecía unas vacaciones, y se las tomó sin dudarlo. Y Cormack postergó su siguiente película para que pudieran pasar un tiempo juntos.

Durante los primeros meses aquella había sido la relación que ella siempre había soñado, incluso la superaba.

Tenían tiempo y dinero en sus manos, pero, sobre todo, se tenían el uno al otro. Parecían vivir en una burbuja de cuento de hadas, que mantenía al resto del mundo aparte, y Triss se preguntaba cuánto podía durar aquello.

La burbuja se había roto cuando un día, mientras estaban en la cama, Cormack le había dicho que tenía que ir al estudio para hablar sobre un guión basado en una novela.

Mientras él se lo decía, Triss se había sentido terriblemente agradecida a la parte de actriz que había desarrollado en su carrera de modelo.

Había puesto la sonrisa más luminosa. Había bajado la boca hasta el vientre de Cormack, y había oído una vez más el gemido que él solía dejar escapar cuando le hacía aquello.

Por un tiempo, Triss había representado el papel de abnegada esposa, que cumplía con su deber. Pero empezó a darse cuenta de que la mayor parte del día se lo pasaba esperando a Cormack. Nunca había sido buena cocinera, y realmente no la entusiasmaba

aprender a serlo. ¿Para qué se iba a molestar en aprender algo que inevitablemente terminaría estropeándose porque él jamás volvía a casa cuando había dicho que lo haría?

Cuando llegaba a casa, quería llevarla a comer fuera, a restaurantes, a fiestas, a ver películas, algo que al principio había satisfecho a Triss. Pero más tarde había empezado a tener celos de las atenciones que recibía de otra gente, sobre todo de mujeres.

Ella había sentido que quería estar en su nido de amor con él, volver a los días del principio de la relación, en que solo se necesitaban el uno al otro, a salvo de las tentaciones y distracciones del mundo exterior.

Pero Cormack no parecía contento con aquella vida, quedándose en casa, sobre todo después de una de las frecuentes visitas de Brad Parfitt. Brad era su poderoso y duro agente, quien temía que la amenaza de la vida doméstica influyera negativamente en la creatividad de Connack, y que la terminase aplastando.

—¡Necesito salir, cariño! —le dijo Cormack apasionadamente—. Necesito ver a otra gente. ¡Necesito ver el mundo! Soy escritor, Triss. ¡Y necesito algo de qué escribir!

Ella se había dado cuenta de que tenía un papel subordinado a Cormack, en cierto modo. Ella no estaba trabajando, y él se negaba a dejarla contribuir con los gastos de la casa. De hecho, ella estaba viviendo del dinero de Cormack, y en ese sentido, ¿era diferente de su madre?

Más tarde el agente de Triss empezó a llamar nuevamente, diciéndole que la gente no esperaría indefinidamente a contratarla, que su cara no siempre sería el condimento de una revista mensual, y que realmente tenía que empezar a trabajar, sacar provecho a su profesión cuando había demanda. Lo que significaba volver a viajar. A Cormack no le gustaba nada la idea.

—¿Por qué diablos no puedes trabajar aquí como modelo? —le había preguntado—. ¿En Hollywood?

—Porque soy modelo internacional. Y mi aspecto es demasiado europeo para atraer a los americanos. .

Él la había mirado incrédulo.

—¿Y tú te lo crees? ¿Por qué no me dejas que pregunte y te encuentre algo?

—¡No! —había sido su respuesta—. Quiero ser independiente,

Connack.

—Entonces, sé independiente —él se había encogido de hombros, con inconfundible inquietud.

Así que Triss había volado a París primero, luego a Roma. Y había sido en Londres donde había visto los periódicos, un artículo en un extremo dedicado a la columna de cotilleo. Se veía una foto de Cormack con el brazo apoyado levemente alrededor de los hombros de una chica delgada y de pelo rubio, mirándolo con una sonrisa, lo que le daba una expresión de ensoñación.

Habían tenido una terrible discusión por teléfono aquella noche, en la que Triss lo había interrogado, y él le había dicho que la mujer era una actriz que iba a trabajar en su película, y que no significaba nada para él. Y también le había dicho que la relación entre ellos se basaba en la confianza mutua.

—¡Oh, sí, Cormackl —había sollozado ella—. ¡Sabes que sí!

—Entonces, ¿qué diablos es todo esto, cariño?

—¡Simplemente que te echo de menos! Y que quiero estar allí.

—Entonces, ven aquí —le había dicho él simplemente—. Toma el primer avión y ven.

—No puedo. Sabes que no puedo. Este trabajo no termina hasta la próxima semana.

—Entonces, si no puedes cambiar la situación, debes aceptar esto, Triss —le había dicho él con un acento irlandés distante. Ella oyó voces de fondo, como abejas en un día de verano.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Triss, odiándose por hacerlo.

—Una gente que está por aquí. Brad. Louie. Nick. Jenna. Vamos a salir a ver la película esa —bajó la voz y agregó—: Te echo de menos, cariño.

Pero la mente de Triss estaba predispuesta a sospechar, en una situación en la que se daban las condiciones propicias para hacerlo. Y se sentía insegura, como pisando arenas movedizas a medida que pasaban los días.

Ya no se sentían cómodos como antes. A veces ella descubría que se estaban mirando con desconfianza, como dos depredadores dispuestos a competir por su presa. Se daba cuenta de que la relación entre ellos se estaba resquebrajando por debajo de la superficie, y de que no podía hacer nada para detener aquel proceso.

Un día cuando estaba trabajando en Milán, su madre le había enviado un artículo con la foto que lo acompañaba. Cormack aparecía navegando en compañía del grupo del estudio de filmación, con una menuda morena mirandolo con cara de adoración. Y Triss había experimentado una rara sensación de alivio.

Porque en cierto modo había sido liberada de la prisión que significaba amar tanto a un hombre como ella amaba a Cormack. A partir de aquel momento había sentido que ya no podía confiar, porque la experiencia le había demostrado que él era como cualquier otro hombre.

Triss solo tenía sus experiencias en las que basar su vida. Había crecido en un mundo donde el dinero regía las cosas, donde la fidelidad era algo raro, y donde las promesas se hacían y no se cumplían.

Había vuelto a Malibú y había hecho las maletas. Luego había dejado una carta a Cormack, diciéndole que se había equivocado con él, que la relación entre ellos había sido un error. Y había vuelto a Londres.

Él había intentado ponerse en contacto con Triss. Pero ella no había querido atender sus llamadas y no había hecho caso a sus cartas. Pero no había sido capaz de ignorarlo cuando él había aparecido en su casa un día, recién llegado de un vuelo a primera hora de la mañana.

El cambio en él había sido aterrador. Parecía tan distante, tan remoto... Como un extraño, o peor que un extraño. Y su mirada había sido fría como el filo de una navaja. Y no solo eso, no había intentado tocarla. Tal vez si lo hubiera hecho, toda la escena habría sido diferente. Pero, ¿qué sentido tenía que su relación continuase si lo único que sobrevivía era aquella atracción sexual tan poderosa?

—¿Piensas seguir con esta farsa de comportamiento histérico, Triss, o quieres sentarte y hablar de la situación como una adulta? —le había dicho con frialdad y calma Cormack.

El insulto con el que él había empezado su pregunta había hecho que Triss le contestase de igual modo.

—¡Vete de mi piso, mujeriego!

Y se había quedado con la boca abierta cuando él se había dado

la vuelta sin decir una palabra y había hecho lo que ella le había ordenado.

—Ella lo había echado tanto de menos, que en aquel momento había sido como si la mitad de su ser se hubiera marchado con él. Triss le había mandado una carta conciliadora, diciéndole que tal vez algún día pudieran ser amigos.

Triss había recibido una nota fría como respuesta, diciéndole que no, que no podían ser amigos, porque uno de los requisitos de la amistad era el que hubiera confianza.

Y que Triss no había aprendido aún el significado de esa palabra…

Capítulo 7

MIENTRAS esperaba que volviera Cormack, Triss bañó a Simón, que no mostraba signo alguno de cansancio. Triss jugó con él y se deleitó en sus risas y gorjeos.

Era un bebé hermoso, pensó Triss, con orgullo maternal, mientras lo envolvía en una toalla. Y Lola había dicho que se había portado estupendamente con Geraint y con ella.

Triss se quedó reflexionando acerca de lo que pensaría Simón sobre Cormack. ¿Se daría cuenta de que aquel hombre alto y moreno con acento irlandés era su padre? ¿Nacerían los niños provistos de un dispositivo para detectar a sus padres biológicos?

Triss dejó a Simón echado en el suelo y este agitó las piernecitas. Luego le puso un pijama con dibujos de Disney y lo acostó en la cuna. Accionó el móvil con ositos. Empezó a sonar la música. Eran canciones de cuna, que Triss acompañó cantando con él, a pesar de que no estaba dotada con buena voz y oído para la música.

Luego le dio de comer, disfrutando de aquellos hermosos momentos en que lo tenía prendido al pecho comiendo satisfecho. Todavía le daba el pecho, a primera hora de la mañana y a última de la noche, y Simón parecía empezar a aceptarlo, aunque no había sido fácil al principio.

Ella no había querido quitarle el pecho tan pronto, pero una ojeada a su cuenta bancaria el mes anterior la había convencido de que no podía permitirse el lujo de seguir sin trabajar.

Había gastado la mayor parte de sus ahorros en aquella casa, lo que era una inversión para el futuro de Simón. El resto se lo había gastado en vivir. No había trabajado desde que había descubierto que estaba embarazada. Había estado muy molesta con las náuseas de los primeros meses como para pensar en trabajar al principio, y luego, cuando el embarazo se había consolidado, había hecho todo lo posible por cuidarse.

Había estado física y mentalmente agotada después de la separación de Cormack, y por lo tanto había intentado proteger y alimentar cuidadosamente a su bebé en su vientre, descansando todo lo que pudo.

Eran casi las siete cuando Simón cerró los ojos y se durmió

profundamente, con el dedo pulgar en la boca.

Triss salió de la habitación sigilosamente. Se sentía pegajosa e incómoda. Y se puso colorada al recordar el motivo.

Bueno, borraría todo rastro de su cuerpo de haber estado con Cormack. Y tal vez después de ello se sintiera mejor para enfrentarse a él.

Se duchó y lavó el pelo. Se puso unas mallas negras y unos calcetines, y, encima, un suéter grande negro. Después se miró críticamente al espejo.

¡Estaba pálida! Y el pelo corto hacía que sus ojos parecieran enormes... No se parecía en nada a la mujer de la que se había enamorado Cormack. Y para alguien cuya profesión había estado basada en su hermosa apariencia, aquello hería su orgullo femenino.

¿Debía ponerse maquillaje? ¿Tal vez un toque de colorete en esas mejillas pálidas?

Decidió no maquillarse. Si lo hacía podría parecer que tenía la idea de seducirlo, cuando lo que realmente quería hacer era hablar con él, establecer algún tipo de marco para las cuestiones prácticas, en el que Cormack pudiera tener algún tipo de contacto con su hijo durante su crecimiento.

Al final se puso un par de pendientes grandes de plata, que Cormack le había comprado en Greenwich, donde habían pasado un fin de semana glorioso. Tenían un óvalo de ámbar, y aunque no eran los más valiosos que tenía, eran sus favoritos, si bien no sabía por qué deseaba ponérselos en aquel momento.

Fue a ver a Simón. Luego bajó a la planta baja. No sabía si debía preparar algo de cena, aunque ella no tenía nada de apetito.

De pronto sonó él teléfono. Triss lo atendió con ansiedad.

—¿Hola?

—¿Triss? —su primera decepción fue que no era Cormack.

Era Martha, su cuñada, quien además era una amiga muy querida. Se dedicaba a la obstetricia, había atendida a Triss durante todo su embarazo, y había ayudado al nacimiento de Simón con gran emoción.

—¡Martha! —exclamó Triss. Y luego agregó inmediatamente—: Cormack te ha llamado, ¿no es verdad?

—Sí, lo ha hecho —la voz de Martha sonó enfadada, muy

enfadada, algo que no era habitual en ella—. ¡Oh, Triss! ¿Cómo has podido...?

—¿Cómo he podido qué?

—¡No te hagas la inocente conmigo! Sabes muy bien de qué estoy hablando. Estaba furioso porque habías mantenido la existencia de Simón en secreto. Triss, tú me dijiste...

Triss se sonrojó y se sintió culpable.

—Sí, lo sé...

Pero Martha no se calmaba. Jamás había visto a su cuñada tan enfadada.

—¡Tú me dijiste que Cormack no había querido saber nada de tu embarazo, ni del niño! Y ahora me dice que él no sabía que estabas embarazada. No sabía nada en absoluto —Martha respiró profundamente—. Cuando recuerdo todas las veces que quise ponerme en contacto con él... ¡Pero tú me habías hecho prometerte que no lo haría por nada del mundo!

—Martha... —Triss se sentía sinceramente arrepentida—. Lo siento mucho. Échale las culpas a mis hormonas. O mi infantilismo para ser capaz de aceptar que él tenía un papel como padre.

Reconozco que aunque mi relación con Cormack estuviera terminada yo no tenía derecho a negarle a nuestro hijo. Empiezo a darme cuenta ahora.

—¡Me he sentido tan tonta cuando me ha llamado! Porque a mí me caía bien Cormack, de verdad. A Michael también. Y nos sigue cayendo bien.

—Si te sirve de consuelo, yo también me siento mal por todo esto —dijo Triss apesadumbrada.

—Querida, debiste tener confianza en mí.

—Tú se lo habrías dicho.

—S... Sí —dijo Martha—. Pero... ¿habría sido tan horroroso eso, Triss? Él se habría quedado a tu lado, te habría apoyado...

—¡Y yo no habría podido aceptar esa ayuda imparcial de parte de Cormack! —exclamó Triss acaloradamente—. ¡En ese momento no! No, cuando yo estaba enamorada aún de él y la relación se había terminado.

—Triss, ¿estás tan segura de que se había terminado? —preguntó Martha suavemente.

—¡Él tenía una relación con otra mujer! —sollozó Triss—.

¿Cómo no voy a estar segura de que se había terminado?

—Puede ser que él…

—¡Puede ser nada! Porque durante esa relación él y yo nos encontramos en una fiesta y nos acostamos… ¡Y de ese modo concebimos a Simón! Y si él fue capaz de ser infiel estando con otra persona, ¿qué crees que hizo cuando estuvo conmigo?

—Triss… —la voz de Martha parecía preocupada. Pero Triss no podía parar.

—¿Te acuerdas de todas esas fotos de Cormack con mujeres embelesadas a su lado cuando yo estaba al otro lado del mundo? —siguió Triss.

—¿Te refieres a aquellas en las que tu madre puso tanto esmero en enviarte para que las vieras? —preguntó Martha cáusticamente.

—¡Le estoy agradecida por ello! De otro modo, ¿cómo me habría enterado?

—Triss…

—¡En aquel momento él intentó convencerme de que no significaban nada, Martha! Pero… ¿cómo puedo estar segura? Esa ha sido la razón principal por la que lo dejé… ¡Porque no podía soportar vivir con los celos que él me hacía sentir!

Triss siguió echando a borbotones toda la amargura y la rabia que había sentido.

—Me hizo daño, Martha. ¡Me hizo mucho daño! Tanto que pensé que no podría soportarlo… Pero tenía que seguir viviendo, por Simón. ¡Y lo único que me hizo seguir fue pensar que algún día podría hacerle daño yo!

—Ojo por ojo… ¿Quieres decir eso? —dijo ácidamente Martha.

—Si quieres verlo así…

—La venganza es un acto muy negativo, lo sabes, Triss…

—La traición también lo es.

—Triss, ¿has hablado con él acerca de esto?

—No.

—Escucha… —Martha suspiró—. Él se va a quedar ahí contigo, ¿no es verdad?

—¿Te ha dicho eso? Martha se rio.

—¡No! ¡Desde que me he hecho obstetra, he desarrollado poderes de vidente! Por supuesto que me lo ha dicho… ¿de qué otro modo iba a saberlo? Venga, Triss. Sé que la situación es un poco

difícil, pero intenta aligerarla un poco, ¡por el amor de Dios! ¡Y por ti y por Simón! ¡Y por Cormack también!

Triss sonrió débilmente.

—Lo siento. Sé que mi vida es un desastre en este momento... Pero... ¿Qué ibas a decir?

—Solo que pensábamos ir a verte, si quieres. Iríamos el domingo a almorzar, si te viene bien. Tal vez ayude a distender la atmósfera entre vosotros. Si hay gente alrededor, tal vez no os estéis peleando todo el tiempo, ¿no?

—Parece buena idea. Te llamaré —dijo Triss—. Escúchame, me tengo que marchar. Hay alguien en la puerta, probablemente sea Cormack.

—Ve entonces. ¡Y buena suerte! —dijo Martha—. ¡Y llámame! ¿De acuerdo?

—¡Lo haré! ¡Adiós!

Triss se sentía tan nerviosa como un niño en su primer día de escuela cuando abrió la puerta.

Cormack estaba allí de pie. Triss sintió que su corazón se hundía en la desesperación. ¡No tenía derecho a estar tan atractivo?, pensó ella. ¡Ningún derecho!

Se había cambiado de ropa. Se había puesto una ropa relativamente conservadora, que lo hacía más sexy aún: vaqueros blancos y una camisa de seda color azul claro, con un suéter azul oscuro anudado alrededor del cuello. En la mano llevaba una chaqueta azul marino.

Los ojos de Cormack brillaron, pero Triss no sabía si aquel brillo reflejaba malicia o molestia.

—¿Has terminado? —preguntó él suavemente. Triss se dio cuenta de que lo había estado mirando como una tonta.

—Entra —le dijo Triss.

Entró en el vestíbulo con gesto digno, como si fuera la primera vez que lo pisaba, como si no hubiera estado por la tarde. Triss estaba muy nerviosa. Se dio cuenta de que Cormack llevaba un bolso de piel marrón, con ropa suficiente para... quién sabe cuánto tiempo.

—¿Has comido? —preguntó ella.

—No —dejó el bolso al lado del perchero, y colgó la chaqueta—. ¿Y tú? Ella agitó la cabeza.

—Puedo preparar algo de comer —dijo ella.

—O podemos pedir una pizza o comida china, ¿no?

Triss agitó la cabeza otra vez. Pensó en que no sabría qué hacer mientras esperasen la comida. Los repartidores de comida preparada solían tardar en encontrar las casas donde debían entregar sus pedidos, puesto que en aquella zona estaban aisladas una de otra,

—Prefiero cocinar. Tengo mucha comida. Ven a la cocina. Es por aquí...

—Lo sé. He estado aquí antes, ¿lo recuerdas?

—¡Sí, por supuesto!

En la cocina Triss notó que le temblaban las manos, lo cual era un problema a la hora de cortar la comida.

—¿Qué quieres comer?

—Me da igual. Calienta una pizza o cualquier otra cosa.

Pero eso era lo último que ella quería hacer. Si le daba comida preparada, le dejaría tiempo libre que no sabría cómo llenar. Se pondrían a hablar de cosas intrascendentes, o tendrían una conversación de cortesía, como estaban haciendo en aquel momento, o se pasarían el tiempo haciéndose recriminaciones.

Al menos, si cocinaba, estaría ocupada, y no tendría que mirar aquellos hermosos ojos azules que a ella le recordaban dolorosamente lo que había perdido.

Ella lo miró y le preguntó:

—¿Quieres vino?

—Sí, por favor. ¿Quieres que lo abra?

Ella asintió, fue a buscar el mejor vino tinto que tenía, buscó el sacacorchos y se lo dio.

Él sacó el corcho y llenó dos vasos que ella había puesto en la encimera. Hubo un momento de incomodidad cuando ella alzó el vaso para brindar con él, más por costumbre que por otra cosa.

—¿Por qué cosa quieres que brindemos, Triss? —preguntó él con cinismo—. ¿Por los secretos?

—¿O por la traición? —contestó ella.

—¿Y cómo se supone que te he traicionado?

—¡No se supone! —exclamó ella, y sorbió el vino para sentirse mejor—. ¡Tú me traicionaste, Cormack!

—¿Te refieres a que hice el amor contigo cuando tenía una

relación con otra mujer?

—¡Pues sí!

—Comprendo. Tú no piensas que si traicioné a alguien fue a Helga, ¿verdad? Ella era, después de todo, la mujer con la que tenía una relación en aquel momento. No contigo.

Triss lo miró sin poder creerlo.

—¡No puedo creer que digas eso!

—¿No? ¿Crees que solo tú tienes derecho a mi lealtad, Triss? ¿Aunque no te hubiera visto desde hacía dos años prácticamente?

Cormack se sentó en una de las banquetas de la cocina, tomó un sorbo de vino y se quedó mirando el vaso. Luego dijo:

—Sería más fácil si fueras capaz de ver el incidente dentro de un contexto más amplio del tema en cuestión.

—¿Cómo te atreves a ser paternalista conmigo? —Triss apoyó violentamente su vaso en la enci—mera y se derramó un poco de vino—. ¿Y qué diablos quieres decir con ese comentario? ¿Quieres confundirme con tu discurso psicológico de Hollywood, Cormack? Cuando el tema es que tenías una relación con una...

—¡Helga no era «una»! —la interrumpió él inmediatamente.

—¡Oh! ¡Ahora defiendes su honor! —exclamó Triss, expresando toda la amargura y los celos que la habían estado carcomiendo durante tanto tiempo.

—Por supuesto que defiendo su honor —respondió él, con serena dignidad, algo que había recordado a Triss por qué lo había amado tanto, aunque sus palabras realmente la dejaran turbada.

—¿La defiendes...?

—¿Por qué no? ¿O esperas que yo trate mal a una mujer a la que respeto?

—Entonces, ¿por qué no te has casado con ella, si era tan maravillosa?

—Porque no estaba enamorado de ella... —se miraron un momento—... como lo estaba de tí.

Triss se dio cuenta de que había hablado en pasado, lo que le produjo dolor. Bebió un sorbo de vino para poder soportarlo.

—Helga fue una parte inocente en todo esta historia. Tú y yo llevábamos casi dos años separados cuando empecé a salir con ella. Así que, dime, Triss, ¿fue un delito querer salir con otra persona? —preguntó Cormack—. Tú te habías negado a hablar de lo que había

pasado entre nosotros —continuó él, mirándola con aquellos ojos azules que la quemaban—. Nuestra relación había terminado. Tú lo habías dejado muy claro. Y, sí, me pareció un insulto que me dijeras que tal vez algún día pudiéramos ser amigos.

Ella empezó a limpiar el vino derramado.

—Tú no eres uno de esos hombres modernos que creen en la posibilidad de que una relación termine civilizadamente, ¿verdad?

—En teoría, tal vez. En la práctica, no siempre... No. Y ciertamente no en el caso de una relación tan apasionada e intensa como la nuestra

—¡Eso no quiere decir que tengas que meterte en la cama con la primera mujer que se te cruce! —lo acusó ella.

—Y no lo he hecho —dijo él con impaciencia—. Ni con la segunda, ni con la tercera. Las mujeres se me echan encima todos los días. Y sinceramente, no me gusta. Yo no soy promiscuo, Triss, y no lo he sido nunca. Y lo que es más, tu me haces un flaco favor juzgándome como a algunos de los acompañantes de tu madre...

—¡Deja en paz a mi madre! —gritó ella. Para sorpresa de Triss, él se retractó.

—Bien, dejaremos a tu madre fuera de esto —la miró y le preguntó—: Pero, ¿realmente esperas que renuncie a todas las otras mujeres? ¿Que lleve tu recuerdo grabado en mi corazón?

—¡No seas sarcástico conmigo, Cormack Casey! —lo advirtió ella.

—¡Entonces no seas tan poco realista! ¡El hecho de que hayamos roto tú y yo no quiere decir que vaya a permanecer célibe el resto de mi vida! ¿O era eso lo que esperabas, Triss?

El saber que se había acostado con otra mujer fue como una puñalada en el corazón de Triss. ¡Oh! Ella sabía que no era lógico, e incluso sabía que no era justo, pero no podía soportar la idea de que Cormack hubiera estado con otra mujer.

—Basta —le dijo él suavemente, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Ya se terminó. No...

—¡No te atrevas a decirme que no significó nada para tí! —gritó ella—. Helga Summers es una de las actrices más bellas del mundo. Entonces, ¿cómo puedes decir que no significó nada para ti?

Ella lo miró con gesto de reproche.

—La belleza no tiene nada que ver. Y no iba a decir que no

significó nada para mí. Por supuesto que significó algo para mí, todas las relaciones significan algo. Pero eso no quiere decir que la relación con ella tuviera la importancia y la intensidad de la relación contigo...

—¡No! —ella intentó taparse los oídos con las manos.

—Vas a oírme, Triss Alexander —le dijo él—. ¡Por una vez en tu vida vas a enfrentarte a los hechos en lugar de hacer conjeturas! —la sujetó y la hizo sentar en una banqueta.

Ella alzó la cabeza y se encontró con que él la estaba estudiando con preocupación.

—¡Oh! ¿Qué pasal—preguntó ella.

—Lo que pasa es que nuestras vidas están irrevocablemente unidas, por Simón, te guste o no. Y tenemos que discutir temas que han sido barridos debajo de la alfombra demasiado tiempo.

—¿Como cuál?

—Como lo de la noche de su concepción.

—No... —empezó a decir ella.

—¡Sí!—exclamó él.

Triss cerró los ojos, pero fue peor, porque los recuerdos aparecieron delante de ella como una cámara de cine que hubiera enfocado perfectamente.

Ella intentó recordar cómo se había sentido en aquel momento, y volvió a vivir aquella sensación de infelicidad y desamparo de entonces.

Capítulo 8

CUANDO Triss había roto con Cormack, ella había decidido no quedarse llorando como hacían muchas mujeres después de un desengaño amoroso.

Ella no necesitaba un hombre para afirmarse, pensó. Y tenía muchas cosas buenas en la vida: una profesión exitosa, juventud y vitalidad.

Ella siempre había vivido en apartamentos alquilados, así que lo primero que hizo al volver de Malibú fue buscar un lugar en Londres al que pudiera llamar propio. Y lo más importante: un lugar que no tuviera relación alguna con su antiguo amante.

Después de buscar mucho, encontró exactamente lo que estaba buscando. Era relativamente pequeño, sobre todo si se lo comparaba con lo que había compartido con Cormack, pero no le importó. Se conformó con una casa de dos habitaciones y cocina, pero situada en un lugar muy bello. Tenía vistas a Regent Park, lo que le hacía sentir que vivía en medio del campo, en lugar de a minutos del centro de Londres.

Se había dedicado a decorarlo con pasión y estaba satisfecha.

Así que ya tenía casa y trabajo. Lo que echaba de menos era la vida social, algo que a su hermano Michael y a su cuñada Martha les parecía inaceptable.

Martha y Michael eran médicos que vivían en las afueras de Londres, y los dos insistían en que Triss saliera.

Triss pensó que tal vez tuvieran razón. Después de todo, no podía quedarse sentada como una ermitaña llorando a Cormack el resto de su vida, ¿no?

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —le había preguntado Michael un día.

—Iré a la próxima fiesta a la que me inviten —le había dicho Triss a su hermano.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La siguiente fiesta a la que la invitaron fue la de Año Nuevo. Triss atravesó Londres en coche para tomar el té con Martha y Michael de camino a la fiesta, y ellos le preguntaron dónde era.

—Es cerca de Brighton… una casa blanca, enorme, mirando los Downs —le dijo Triss.

—¿Y quién hace la fiesta? —preguntó Michael.

—¿Recuerdas a Alastair McDavid?

—¿El fotógrafo?

—Sí. Acaba de decorar la casa y ha dicho que quiere invitar a toda la gente agradable con la que ha tenido relación a lo largo de su vida.

—Entonces, ¿por qué tú? —bromeó Michael. Su cuñada lo miró con gesto de reproche.

—Parece excitante —dijo Marha

—Eso espero —dijo Triss. Y sinceramente lo esperaba. Quería pasarlo bien, fuera como fuese.

Triss se arregló para la fiesta como hacía tiempo que no lo hacía. Se había puesto un vestido minifalda con abalorios color oro y botas de piel hasta los muslos, salpicadas de estrellas plateadas, que había comprado en su último viaje a París.

Decidió que se arreglaría como nunca. Así que se hizo un peinado sofisticado recogiéndose el pelo y buscó unos pendientes que formaban una cascada de estrellas plateadas, un accesorio que hacía juego con el detalle de las botas.

Como la mayoría de las modelos, intentaba no abusar del maquillaje cuando salía para que su piel descansara, más que por ninguna otra razón. Pero aquella noche necesitaba maquillaje, lo necesitaba como una máscara para esconderse detrás.

Se puso colorete, un brillo color escarlata en los labios, y una sombra dorada en los párpados, que le agrandaba los ojos y le daba luminosidad, como si fueran los de un gato sorprendido por los faros de un coche.

Cuando terminó se miró al espejo. Estaba muy atractiva y con un aire sofisticado y distante. Tenía un aspecto amenazador hasta para el más seguro de los hombres.

«¡Bien!», se dijo. Necesitaba volver a la vida social gradualmente, y lo que menos necesitaba aquella noche eran hombres indeseados que se acercaran a ella con la idea de la seducción.

Se estremeció levemente pensando si alguna vez sería capaz de imaginarse compartiendo la intimidad con otro hombre que no

fuera Cormack, sin que la idea le produjera rechazo.

Era una noche de diciembre. Hacía un viento helado y el pronóstico del tiempo había anunciado nieve. Habían recomendado que la gente no saliera de casa si no era estrictamente necesaria

Bueno, Triss había decidido que su viaje era absolutamente necesario. Necesario para su salud mental. Todavía se estaba recuperando de las navidades sin Cormack, en que lo había echado de menos terriblemente y se había pasado la mañana esperando el correo. Pero no había llegado ninguna postal.

La fiesta fue tan amena y excitante como había pensado, pero Triss no conocía a casi nadie, lo que era un alivio, puesto que la gente de su círculo social todavía estaba fascinada por su relación con Cormack y quería conocer todos los detalles de su ruptura. Y eso le resultaba demasiado penoso de contar todavía.

Triss había estado moviéndose con gracia por todo el salón, había bebido champán, y había asentido en las conversaciones de la gente, hasta que ocurrió algo increíble: Cormack apareció por allí.

Y Triss se quedó casi sin habla.

¿Qué diablos estaba haciendo Cormack allí?

Cormack la miró directamente y Triss lo miró también, con la boca abierta. Si no hubiera estado tan entretenida en mirarlo, habría pegado un grito del shock.

¡ Estaba estupendo!

¿Por qué, se preguntó Triss, podía usar un pantalón vaquero negro y un suéter negro de cachemir y estar tan atractivo? Estaba muy sexy. ¿Por qué los otros hombres, que seguramente se habían molestado mucho más que él en arreglarse, Con sus mejores galas, parecían perder atractivo a su lado?

¡Oh! Era increíble. No dejaba de comparar a los otros hombres con él. ¡No tenía que hacerlo!, se dijo. Y no hablaría con él.

Así que los dos representaron una farsa. Triss fingió no notar su presencia, y conversó con todo el mundo, menos con aquel hombre de pelo negro que atraía a todas las mujeres que tenía cerca.

Triss intentaba no mirar cuando las mujeres lo rodeaban. Aunque debía admitir que Cormack no parecía inmutarse por la presencia de estas y por sus atenciones. Él simplemente se quedaba de pie, allí, al otro extremo de la habitación, con aire distante y frío, como si fuera una estatua.

Y hasta que llegó la hora de la cena Triss no le habló. O más bien él le habló a ella.

Triss se dispuso a acercarse a la mesa, preguntándose si sería capaz de comer algo. Entonces oyó una voz profunda por detrás de ella.

—Dime, ¿a quién intentas impresionar hoy, cariño? —dijo Cormack con acento irlandés.

Triss se dio la vuelta y su corazón empezó a acelerarse al ver lo cerca que estaba.

—Bueno, ¡a tí no, seguro! Él se encogió de hombros.

—¡Oh, lo he supuesto! Porque si fuera así no te habrías puesto toneladas de maquillaje en la cara. ¿Y con qué diablos te lo has puesto, Beatrice? ¿Con una paleta de albañil?

Triss echó los hombros hacia atrás y lo miró sarcásticamente.

—¡Eso es lo que me gusta, Cormack, que irrumpas en la fiesta con ese entusiasmo y ese humor!

Se quedaron en silencio mirándose. Pero su animosidad parecía aumentar la atracción sexual entre ellos.

Cormack respiró profundamente.

—Dime, ¿cómo estás Beatrice? —preguntó como con un peso encima.

¿Qué quería escuchar? ¿Que estaba triste y desesperada? ¿Que lo echaba terriblemente de menos? ¿Que dudaba que pudiera sentir algo por otro hombre?

—¡Estoy bien! —contestó Triss con una sonrisa—. ¡Muy bien! Él asintió.

—Bien.

El silencio que siguió fue insoportable. Triss sintió ganas de acariciarle la mejilla. Notó que sus manos temblaban con el deseo de hacerlo. Y supo que tenía que apartarse antes de que Cormack sospechase lo que ella sentía aún por él.

—Perdona —le dijo ella temblorosamente—. Pero realmente me gustaría servirme algo de comida...

—Por supuesto —le dijo él. Y se dio la vuelta y abandonó el salón.

A partir de ese momento la fiesta se había estropeado para Triss. Aunque ella había pensado pasar la noche en un principio, hubiera querido marcharse en aquel momento. Pero la nieve, que había sido

escasa antes, había caído copiosamente a esas horas.

En un momento dado cuatro hombres, entre ellos Cormack, salieron afuera a ver cómo estaba el tiempo.

—Está todo nevado —dijo Alastair al volver.

Los asistentes a la fiesta brindaron por la nieve. Pero Triss solo estuvo atenta a Cormack, que tenía el pelo con copos de nieve. —

Subieron la música, sirvieron copas y la fiesta se revitalizó; y algunos incluso salieron a bailar.

Triss no hizo más que guardar las apariencias para que no notasen su incomodidad, pero a las doce menos cuarto no aguantó más y le pidió a Alastair si podía retirarse a alguna habitación lo más alejada posible del ruido.

—Espera al menos hasta las doce, ¿no? —le pidió Alastair.

Triss agitó la cabeza.

—No, gracias, Alastair. Me duele mucho la cabeza, y no quiero arruinar la noche a nadie!

Una vez que sé halló a salvo en la habitación, respiró aliviada. Se quitó el maquillaje, se soltó el pelo y se cepilló los dientes.

Pero no pensaba llorar. Se había pasado casi dos años llorando, y no lo volvería a hacer.

Tomó un libro de su bolso de mano y se acostó.

Sabía que no la esperaría una noche en la que pudiera dormir bien, sabiendo que Cormack estaría cerca de ella.

¿Estaría con alguien?

Oyó los brindis y los cantos y luego que la gente se iba retirando poco a poco a sus habitaciones.

A las cuatro de la madrugada la casa se quedó totalmente en silencio, y Triss estaba aún despierta.

Se levantó de la cama, sacó la cabeza por la puerta: no oyó nada. Pensó que el beber algo la ayudaría a dormir y bajó a la cocina a servirse un vaso de leche. Lo bebió frente al fregadero; mirando por la ventana. La nieve había dejado de caer por fin. A lo lejos se veía la luz plateada de la luna, después de que los copos de nieve habían desaparecido y habían dejado limpio el paisaje.

Después de beber la leche, lavó el vaso y lo dejó escurriendo. Luego se fue arriba.

Y allí, al final de la escalera, se encontró con una figura inmóvil, al lado de una ventana.

El corazón de Triss dio un vuelco.

—¿Cormack? —susurró reacia.

—Hola, Triss —le dijo suavemente con una sonrisa.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy mirando la luna —le dijo Cormack. Pero no era cierto. Estaba mirándola a ella Alzó una mano para señalarle su pelo suelto y su cara limpia.

—¡Mmmmm! ¡Estás tan hermosa cuando tienes la cara limpia!

«Y tú estás tan hermoso cuando tienes el pecho desnudo», pensó ella.

Él la miró fijamente y llevó su mano al brazo de Triss. Y con un dedo acarició levemente el puño de la camisola que llevaba ella.

—¿Y esto es mío, no? —preguntó Cormack señalándole la enorme camiseta que ella llevaba puesta.

Triss se puso colorada en la oscuridad.

—Tú me la diste, ¿te acuerdas? —dijo ella.

Ella no había querido deshacerse de aquella camiseta vieja de Cormack, como si fuera un niño que no quiere deshacerse de su peluche.

—Sí. Me la pediste para una fiesta, si no recuerdo mal, ¡y no me la devolviste!

—Sí —dijo ella con nostalgia.

El silencio que siguió debió de ser incómodo pero no lo fue. Al contrario, fue reconfortante.

Se quedaron mirando la luna.

Triss recordó cómo habían mirado la luna en Malibú, en silencio, como en aquel momento.

¿Estaría recordando aquello Cormack también?

—¿Triss?

Ella lo miró a los ojos. Brillaban con deseo y ella empezó a temblar.

Más tarde no recordaría quién había hecho el primer movimiento. Todo lo que supo fue que estaba en sus brazos. Él la estaba abrazando fuertemente y ella también. Y parecía que nada más les importaba.

Se quedaron así durante un rato largo. Después él le tomó la mano y besó la palma demorada—mente, como haciendo una pregunta. Y ella debió de respondérsela en silencio, porque

Cormack la llevó silenciosamente a la habitación donde lo habían alojado.

Ella no protestó. Él no encendió la luz, pero la luna iluminaba suficientemente la habitación.

Él le acarició la cara como si fuera un hombre ciego adivinando su camino por el tacto.

Luego la miró y la tomó en sus brazos.

—Cormack —dijo ella—. ¿Está bien que hagamos esto?

—No puedo dejar de hacerlo. A no ser que tú me lo pidas.

Ella agitó la cabeza.

—¡Eso no es justo! —protestó ella—. ¡Sabes que no puedo hacer eso!

—Bueno, entonces —sonrió él con tristeza.

La llevó a la cama y empezó a besarla y a acariciarla con todo .el cuidado y suavidad que había empleado la primera vez que habían hecho el amor.

Solo que ella sabía entonces lo que podía esperar. Sabía que el hacer el amor con Cormack superaba todos sus sueños más salvajes.

Ella lo besó apasionadamente también, hasta que oyó un suspiro profundo de placer, lo que significaba que para él ya era difícil refrenarse.

Con manos temblorosas, Cormack le quitó la camisa. Ella se echó desnuda bajo la luz de la luna y lo observó quitarse el vaquero con cuidado, haciendo lo posible por no hacerlo atropelladamente.

Cormack fue a su lado.

Inmediatamente antes de entrar en ella le dijo que la amaba, pero Triss apenas lo oyó, porque su cuerpo estaba tan impaciente por recibirlo que no atendía más que a sus sensaciones.

Había sido diferente a todas las otras veces que habían hecho el amor. Y Triss se había sentido conmovida por aquel acto sexual tan erótico que la había llevado hasta la cima del placer. Cormack había sido más tierno que nunca, y ella lo había sentido más que nunca. Cuando ella no había aguantado más, él había sido muy tierno y había ahogado sus gemidos de goce con un apasionado beso.

«Lo amo», había pensado ella. Aún lo amaba.

Pensó que debía decírselo.

Pero al final no se lo había dicho. Se había encontrado

demasiado abrumada después de hacer el amor, demasiado mareada, demasiado a gusto entrelazada a él en medio de las sábanas, imaginándose un futuro con Cormack…

Dormían algunos ratos y otros se despertaban. Luego Triss oyó algo en la distancia. Era el timbre de un teléfono que sonaba y sonaba y nadie atendía.

¿Por qué no contestaba nadie?, se preguntó Triss.

Luego dejó de sonar.

Debía de haberlo atendido alguien, supuso.

Entré sueños, oyó que golpeaban la puerta. Cormack se movió a su lado, le acarició un pezón.

—¡Oh! —gimió ella y se apretó contra él.

—¡Cormack! —gritó una voz desde fuera de la habitación.

—¡Vete! —gritó Cormack—. ¡Estoy ocupado!

—¡Es urgente! ¡Es Helga! —protestó la voz.

Triss lo sintió enfriarse y luego sentarse en la cama. La expresión en su cara le dijo todo lo que necesitaba saber. Sentía culpa y desesperación.

Y Triss supo quién era Helga.

Él no dijo una palabra. Se levantó y se puso los vaqueros.

Se detuvo al lado de la puerta, se giró y dijo:

—¿Triss?

Pero ella agitó la cabeza, se tapó los oídos y hundió la cabeza en la almohada.

No se sentó en la cama hasta que no oyó el ruido de la puerta que se cerraba. Dejó escapar una lágrimas y empezó a planear su huida.

Capítulo 9

TRISS cerró los ojos e hizo un esfuerzo para que retrocedieran sus recuerdos. Cuando los abrió, se encontró nuevamente en su cocina de St Fiacre's, a kilómetros y meses de Brighton. Mientras, Cormack la estaba mirando pensativo.

—Nunca hemos resuelto lo 'de aquella noche, ¿no es verdad, Triss?

Ella tragó la última gota de vino y contestó:

—¿Qué hay que resolver?

—Mucho.

—¡No! —Triss volvió a llenar el vaso y vio que él fruncía el ceño.

—Deberías comer algo —dijo él.

—¡Vete al infierno, Cormack! Cuando necesite una niñera, la buscaré, y ciertamente no buscaré un mujeriego...

—¡Triss! ¡Por el amor de Dios! ¡Basta ya!

—¡Dame una razón para que lo haga! —gritó ella.

—Por Simón —contestó él.

—Eso no es justo —dijo ella amargamente—. ¡Eso es un chantaje emocional! Él la miró intensamente.

—No me hables de chantajes emocionales, Triss. Porque en ese tema tú eres una especialista, manteniendo en secreto la existencia de mi hijo. Si eso no es chantaje emocional, no sé lo que es.

—¡Sí, lo he hecho! ¡Y si quieres saber por qué lo he hecho, te lo diré! Lo hice porque me hacía sentir bien. ¡Disfruté planeándolo y pensando en hacerlo! ¡Disfruté de guardar el secreto conmigo, para que lo sepas!

Pero había dejado de ser placentero cuando se había vuelto a encontrar con Cormack, y se había dado cuenta de la dimensión de sus actos, de lo que significaba haberle ocultado el producto de su carne y de su sangre. Y ahora, en lugar de sentirse triunfante por su venganza, se sentía miserable, horrible y sentía que había sido una bajeza.

Pero ella no se lo iba a decir. ¿Por qué iba a decírselo? Si se lo decía le demostraría su vulnerabilidad frente a él, que apenas había mostrado consideración por los sentimientos de ella.

—¿Y todo por Helga? —preguntó él con tristeza.

—¡No quieras hacerme creer que Helga fue una conocida tuya simplemente! ¡Tú tenías una aventura con ella! ¿No es verdad?

—Yo había estado...

—Entonces, ¿por qué te llamó a las seis de la mañana el día de Año Nuevo? Eso no me parece un acto de una ex amante —dijo Triss.

Cormack suspiró.

—¿Quieres darme la oportunidad de explicarme?

Triss se mordió el labio.

—¿Qué sentido tiene? —dijo.

—Creí que habíamos decidido que sí tenía sentido, por Simón. Por supuesto que tiene sentido explicarlo —dijo Cormack. La miró. Triss estaba sentada al borde de una banqueta alta frente al bar de la cocina—.No se te ve cómoda ahí.

—No lo estoy.

—Entonces, ¿por qué no llevamos el vino a la sala? ¿Tienes queso? Triss asintió.

—En el frigorífico —dijo. Se dio cuenta de que estaba siendo un poco brusca y agregó—: ¿Por qué? ¿Tienes hambre?

—Bastante —contestó él. Luego la miró y sonrió—. Algo debe de haberme dado hambre...

Triss se puso colorada y cerró los ojos horrorizada. Era difícil aceptar lo que había pasado a los pocos minutos de su encuentro.

¿Y tenía que recordárselo él?

—¿Por qué lo mencionas? ¿Por qué en este momento?

—¿Por qué no? Hemos estado evitando el tema desde que ocurrió. ¿Hay algo más que haya que barrer debajo de la alfombra, Triss? ¿Hacer como si jamás hubiera ocurrido?

—¡No debió ocurrir!

—Es posible que no —admitió él.

Ella acusó el golpe y bebió otro sorbo de vino.

—Pero ocurrió —dijo él y fue a abrir el frigorífico y miró dentro —. Así que tal vez tengamos que preguntarnos por qué.

—¿Por qué? —repitió Triss.

«—Mmmmm... ¿Por qué, después de todo lo que ha pasado entre nosotros, hemos vuelto a caer en la cama juntos hoy?

—Creí que era obvio —respondió Triss—. Es uno de los instintos

básicos del ser humano y se conoce con el nombre de lascivia.

Él no le contestó, abrió el frigorífico y sacó un trozo de queso.

—¡Oh, ve y siéntate, Triss! —le dijo él impacientemente—. Llevaré esto cuando esté listo.

Ella se llevó el vaso al salón. Encendió las luces para que la habitación tuviera calidez. Hacía frío. No hubiera estado de más encender el fuego.

Minutos más tarde el fuego estaba ardiendo. Triss se sentó en uno de los sillones y debió de quedarse dormida porque cuando abrió los ojos encontró a Cormack con una bandeja en las manos, con un plato humeante en ella.

Ella se incorporó.

—Huele muy bien. ¿Qué es?

—Sopa. Encontré un cartón en el frigorífico. También hay un sandwich de queso fundido.

—Es mi sandwich favorito —dijo ella automáticamente, complacida a pesar de todo, aun a sabiendas de que se podría adentrar en peligrosas aguas emocionales.

—Lo sé. Iré a buscar el mío.

Comieron la cena en silencio, y cuando terminaron, Cormack recogió los platos. Triss lo oyó poner el lavaplatos.

Triss se había olvidado de lo escrupuloso que era Cormack en el tema de la distribución del trabajo de la casa. Sin embargo, no había perdido ni un ápice de su masculinidad al hacerlo.

Cuando volvió, Cormack se sentó frente al fuego y la miró.

—Dices que no quieres una explicación sobre aquella noche...

—¡No la quiero! —exclamó ella inmediatamente.

—¿Es porque quieres pensar lo peor de mí? ¿Te hace sentir mejor imaginar que me comporté como un semental descerebrado?

—No —dijo ella, aunque sintió que tenía razón.

—Yo pienso que sí —dijo él—. El pensar lo peor de mí te ayuda a mantener vivo tu odio hacia mí, ¿no es verdad, Triss?

—No.

—¡Sí! —exclamó él con rabia—. ¿No crees que después de todo lo que compartimos al menos me debes la cortesía de escuchar una explicación?

—Te escucho...

Él se quedó mudo un momento, como si estuviera escogiendo

cuidadosamente las palabras.

—Conocí a Helga mucho tiempo después de que tú y yo hubiéramos roto...

—¡Qué casualidad!

—¡Triss! —gritó él furioso—. ¡Estás agotando mi paciencia! Y ahora, ¿vas a callarte y escuchar lo que tengo que decirte? ¿O voy a tener que hacer valer mi autoridad?

Ella se estremeció.

—Tú... ¡No te atreverías...!

—¿No? —de pronto él sonrió y la rabia pareció borrarse de su rostro, aunque la promesa sexual de sus ojos siguió intacta—. No. tienes razón. No lo haría —hubo una pausa—. Como te he dicho, conocí a Helga dos años más tarde de que tú y yo nos separásemos...

—¡Y en todo ese tiempo no te pusiste en contacto conmigo! —lo acusó ella, sabiendo que con aquellas palabras se delataba.

—Tú tampoco te pusiste en contacto conmigo.

—Pero tú fuiste quien dijo que no querías que fuéramos amigos... —dijo ella.

—No se trataba de que no quisiera que fuéramos amigos —la corrigió—. Simplemente sentía que no podíamos serlo. Que nuestra tempestuosa relación no era particularmente adecuada para sentar las bases para una amistad. Y yo supuse que la relación estaba terminada puesto que ninguno de los dos había podido hacerla funcionar.

Él agitó la cabeza y continuó:

—Estuve solo durante mucho tiempo, pero cuando apareció Helga, ella fue... —Cormack hizo un gesto con las manos y se interrumpió.

—Dime —dijo ella.

—Fácil, supongo —dijo Cormack. Luego vio la expresión de Triss y agitó nuevamente la cabeza—. ¡Oh, no en el sentido en el que se usa normalmente la palabra! Quiero decir que ella era poco exigente, poco complicada...

—¿Lo opuesto a mí, quieres decir?

—Si quieres verlo así... Ciertamente no estaba buscando una réplica de la intensidad que había compartido contigo, Triss.

—Entonces, ¿qué sucedió? Da la impresión de que en Helga

hubieras encontrado la mujer de tus sueños.

Él la miró críticamente.

—En teoría tal vez lo fuera. Jamás me contestó como tú. Y no es nada celosa.

—Entonces, ¿por qué no ha sido «hasta que la muerte os separe»? —preguntó Triss—. ¿O es que la noche de sexo contigo terminó, con todo eso?

—Eres una lagarta —le dijo él suavemente. Y algo en sus ojos la advirtió de que ella estaba agotando su paciencia—. Estoy intentando contártelo como fue, Triss, no como hubiera querido que fuera.

Triss no sabía cómo Cormack hubiera querido que fuera. Pero no era el momento de preguntarlo.

—Entonces, ¿qué pasó?

—No pasó nada en realidad. Simplemente nos alejamos, supongo, gradualmente, y nuestros encuentros se hicieron cada vez más espaciados. Helga no llegó a vivir conmigo. Ella vivía en París la mayor parte del tiempo…

—París otra vez —dijo Triss amargamente, pensando en cómo se habrían conocido. Lo miró, sin disimular sus celos. Ella siempre había pensado en París como «la ciudad de ellos».

—París otra vez —dijo él con gesto sombrío—. Fue una relación totalmente diferente de la que tuve contigo. Cuando ella estaba fuera nunca la echaba de menos, como te echaba de menos a ti —sonrió—. Y Helga tampoco estaba enamorada de mí. Ella siempre decía que quería casarse con otro alemán. Y se ha casado con uno. Soy el padrino de su bebé de hecho.

—Comprendo…

Eso quería decir que no solo Helga tenía un concepto muy alto de Cormack, sino que su marido debía de tenerlo también. ¡Qué canalla era!

—Sigue con tu historia.

—No había visto a Helga desde octubre. Ella había ido a visitar a sus padres a Alemania para Navidad.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste en Navidad?

—Me quedé en casa.

—¿Solo?

—Sí.

Triss lo miró asombrada.

—Debió de haberte invitado mucha gente. ¿Por qué te quedaste solo en casa?

Él sonrió. Triss, al verlo, sintió que salía el sol.

—No tantas, Triss. Algunas.

—¿Y no saliste?

—Preferí no salir. ¿Y la Noche Vieja?

Él se dio la vuelta y se sirvió el segundo vaso de vino, de manera que ella no vio su cara.

—A la fiesta de Noche Vieja fui para ver si me animaba un poco. Cuando fui a esa fiesta me di cuenta de que no había cambiado nada. Y que todavía existía esta pasión abrumadora dentro de mí —la miró a los ojos—. Y que en ti también estaba, aunque fuiste más reacia.

—O sea que me llevaste a la cama sabiendo...

—Lo dices como si fuera una decisión intelectual, algo que no fue en absoluto —objetó él.

Ella no hizo caso a la interrupción.

—Sabiendo que todavía estabas involucrado en una relación con Helga.

—Sabiendo que no estaba totalmente involucrado en la relación con Helga —la corrigió—. Que lo que había entre Helga y yo había cambiado. Había terminado. Había terminado hacía meses.

—¿Sí?

—Absolutamente. Ella lo sabía y yo lo sabía. Solo que no le habíamos puesto palabras a la situación. Así que, tal vez técnicamente no tendría que haber estado contigo esa noche, pero en mi corazón fue moralmente correcto, y eso era lo importante. Aunque sabía que tú no sentirías lo mismo —agregó sombrío—. Pero, ¡oh!, Triss, ¡fue correcto!

—¿No es solo un modo de justificar tu comportamiento? ¿Que si te apetece algo, entonces es correcto? —dijo ella.

—No lo sé —admitió él—. Pero lo que te puedo decir es que me apetecía. Y sentí que estaba bien. Sabes que fue así. Y mi hijo fue concebido como resultado de ello —su mirada se oscureció al agregar amargamente—: O al menos es lo que he descubierto ahora.

Las manos de Triss estaban temblando descontroladamente, tanto que tuvo que entrelazarlas para aquietarlas.

—Bueno, ¿qué esperabas? —preguntó Triss.

—Esperaba que me lo hubieras dicho —dijo él simplemente—. Que iba a ser padre. ¿No crees que tenía derecho?

—¿Y tú crees que satisfacer tu lascivia una noche te da derecho a ello? Él dejó su vaso.

—¡Si hubiera querido satisfacer mi lascivia solamente, habría elegido a alguna mujer menos complicada que tú! Alguien que no hubiera tenido esa carga emocional que tenía nuestra relación. ¡No quieras complicar las cosas más de lo que están, Triss, definiendo lo que pasó entre nosotros como una noche de lascivia!

Luego Cormack continuó:

—Y dime, ¿te hizo sentir bien esa forma de venganza tan primitiva? ¿No es eso para lo que se supone que es la venganza?

Ella se quedó pensando y luego dijo:

—Claro que se supone que te hará sentir bien. Cuando te dispones a vengarte, hay un sentimiento de estar empatados, pero...

—¿Pero?

—En relación a que me haya hecho sentir realmente bien... No. Ahora no me hace sentir bien.

—¿Y antes?

A ella la molestó aquel tono de Cormack, como si todo fuera así de sencillo. Como si él fuera el ángel y ella el diablo en toda esa historia.

—Sí, supongo que me hizo sentir bien durante un tiempo, aunque antes pasé momentos de mucha amargura. Cuando la llamada de Helga nos despertó esa mañana, no podía creer que pudieras hacerme el amor cuando todavía estabas con otra persona. Me hizo sentir disminuida como mujer, como si con ello hubieras quitado valor a lo que habíamos compartido antes. Entonces decidí irme a Londres, a curar mi orgullo herido —dijo ella.

Aunque debía de haber agregado que no había sido solo el orgullo, sino su corazón herido. Pero no quiso decírselo a Cormack.

—Y unas semanas más tarde descubrí que estaba embarazada.

—¿Tuviste miedo? —pregunto él. Ella no pudo ocultar la verdad.

—Estaba aterrada.

—Entonces, ¿por qué diablos no me lo dijiste? Ella se rio afectadamente.

—¿Contártelo? —agitó la cabeza—. Cormack, tú eras la última persona en el mundo a la que se lo habría dicho. No quería ni pensar en ti. ¡No iba a hablar contigo entonces! No quise tenerte en cuenta. Simón se había transformado en mi bebé. Mío solo.

—¿Así que por eso te escondiste? ¿Por qué le dijiste a Michael y a Martha que guardaran el secreto?

—¡Podrías haberme encontrado, si hubieras querido! —lo acusó ella, admitiendo finalmente el dolor que había sentido por el hecho de que él no intentase buscarla.

—¿Realmente crees que soy el tipo de hombre que va a ir detrás de una mujer que le ha dado a entender hasta la saciedad que no quiere nada conmigo?

—¿No es eso lo que estás haciendo ahora? —lo desafió ella—. ¿Quedándote aquí?

—¡Oh, no! —él se rio con cinismo—. La diferencia es que ahora me da igual lo que tú quieras, Triss. Mi preocupación ahora es mi hijo... y sus necesidades. Tú le has negado a su padre solo por un ataque de celos hacia otra mujer. Triss dijo con voz temblorosa:

—Este es un asunto que tiene más que ver con el respeto que con los celos.

—Bueno, si se trata de respeto, entonces, ¿por qué no me demuestras tú un poco de respeto? —le dijo él.

—¿Y cómo lo hago? Él sonrió y dijo:

—¿Casándote conmigo, quizás?

Capítulo 10

TRISS miró a Cormack como si este hubiera perdido la cabeza. Era una ironía que él hubiera pronunciado las palabras que ella había deseado tanto oír en el pasado. ¡Y qué pena que hubiera sido en unas circunstancias tan poco convencionales!

—¿Casarme contigo?

—¿Es algo tan extraño, Triss?

—En vista del desprecio que sientes por mí... Sí, lo es.

—Pero he notado que no has rechazado la propuesta automáticamente —musitó él. Triss agitó la cabeza.

—Eso es porque soy lo suficientemente inteligente como para ver que quizás el matrimonio tenga algo que ver con esto, pero eso no quiere decir que vaya a aceptarlo.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Porque, aunque reconozco las ventajas de que Simón tenga a su madre y a su padre cerca de él, hay una desventaja fundamental.

—¿Cuál?

—Que para nosotros es imposible vivir en algo parecido a la armonía.

—Pero una vez lo hicimos —le recordó él—. ¿O te has olvidado de ello?

—¿Olvidado? —ella tenía grabada en la mente todos los momentos vividos con él—. De eso hace mucho tiempo, Cormack...

—Hace un poco más de tres años, Triss, tampoco estamos hablando de toda una vida...

—Cuando has tenido un bebé, lo es —susurró ella.

Se dio cuenta de que sin querer lo había herido. Lo notó en su cara.

—¿Tanto cambia?

—¡Y más! —exclamó ella apasionadamente—. Éramos jóvenes entonces... Y estábamos enamorados... —su voz terminó en un hilo. ¡Cuánto le dolía hablar del amor en tiempo pasado!

—¿Mientras que ahora somos viejos y cínicos? —preguntó él.

—Me siento un poco así esta noche, sí —admitió ella. Estiró los brazos como para relajar la tensión en el cuello—. Vieja y cínica.

—Yo también. Así que, ¿quieres mostrarme mi habitación? —le

dijo él—. Creo que nos hará bien dormir un poco, ¿no crees?

—Sí —dijo ella nerviosamente—. Te acompañaré arriba ahora mismo.

—Gracias —él se puso de pie con aire distante.

Ella sintió que se le aflojaban las piernas. Subió y él la siguió.

Cuando Cormack se había marchado a buscar su ropa, ella había estado pensando qué habitación le daría. La que eligió no era la habitación más grande ni la mejor, pero era la que estaba más lejos de la de ella. Triss abrió la puerta.

—Hay toallas allí, y un cuarto de baño al final del pasillo —balbuceó ella—. Y he dejado...

—¿Dónde duerme Simón? —preguntó él de pronto.

Ella sabía que lo iba a preguntar. Lo había esperado y temido. La imagen de Simón todo rosadito y dormido la enternecía lo suficiente como para emocionarla, pero, ¿era lo suficientemente fuerte como para poder resistir la imagen de Cormack de padre cariñoso que sabía que sería?

—Es allí... —dijo ella, y lo acompañó hasta la habitación de Simón. Era la puerta siguiente al dormitorio de ella.

Él abrió la puerta y caminó silenciosamente por la alfombra azul hasta donde estaba acostado Simón. Por un momento se distrajo al ver la cuna en la que dormía.

Tocó la madera tallada y preguntó, hablando muy bajito para no despertar a Simón:

—¿De dónde has sacado esto?

—Es una larga historia —le dijo ella suavemente.

—Cuéntamela.

Ella se la contó.

Había visto aquella cuna antigua, hecha de una madera antigua, y había pedido que se la enviaran, impulsivamente, durante un viaje a Nueva York. La había visto en el escaparate de una pequeña tienda escondida en un callejón. El haberla encontrado ya era un milagro. Ella había estado embarazada en aquel momento y demasiado conmovida para no contarle al vendedor que el padre de su hijo era irlandés y que se había marchado.

La madera tenía versos de poesías irlandesas grabadas en gaélico, y representaciones de duendes y cachiporras y otros objetos irlandeses que Triss no conocía.

Estaba llena de nostalgia, pero a Triss le había encantado a primera vista.

Había sido, según le había dicho el vendedor, el testamento de una infancia irlandesa muy querida, hecha por un padre irlandés para un hijo nacido en América, tan lejos de su tierra natal.

A Triss le había costado mucho que se la enviaran a Inglaterra, y hasta que el vendedor no le había escrito más tarde, no había sabido que él mismo había sido quien— había fabricado la cuna. Había firmado la carta diciéndole que la cuna haría que el padre volviera con ella.

Triss no le había creído en aquel momento, y había metido la carta en un cajón y había pensado que aquellas habían sido las palabras de un hombre cuyas premoniciones estaban cargadas de sentimentalismo.

Y sin embargo el ver la cuna, oscura y sólida, y reconfortante, había sembrado la semilla de la idea de que mantener en secreto a Simón para siempre no solo haría daño al niño, sino que no la dejaría con la mente tranquila.

Cormack asintió pensativamente cuando ella terminó la historia, luego desvió su atención a su hijo, como si se hubiera reservado lo mejor para el final.

Simón estaba durmiendo, se había movido y su trasero estaba pegando con el cabecero. Tenía el pelo negro revuelto, y llevaba un pijama azul con dibujos de Walt Disney. La colcha se había movido de su sitio.

Triss se acercó y lo tapó con el edredón, lo acomodó y automáticamente le dio un beso en el pelo.

El movimiento no lo despertó, pero debía de haberlo perturbado levemente, porque se movió y pataleó hasta que encontró el dedo pulgar y se lo metió en la boca con un suspiro de placer.

Triss miró a Cormack de reojo, sorprendida por la cara de emoción que vio.

Cuando se había vivido con alguien, aunque solo fuera un año, se creía que se había sido testigo de toda emoción, pero no era así.

De pronto le pareció un extraño.

—¿Cormack? ¿Qué pasa? —susurró ella.

—¡Oh, Triss! —suspiró él, y la nota de ansiedad en su voz fue como una herida para ella—. ¿Cómo hemos dejado que ocurriera

todo este lío?

Ella agitó la cabeza, a punto de llorar. No podía contestarle. Puso un dedo en su boca y salió de puntillas de la habitación. Cormack la siguió.

Afuera ella dudó y dijo:

—Buenas noches, entonces. Él agitó la cabeza y se acercó a Triss. Y ella dejó que él tirase de ella. Triss se sentía tan vacía que quería que él bajara su cabeza y...

Él la besó lentamente, y ese solo beso fue suficiente para despertar en su cuerpo el deseo.

Sin pensarlo, Triss le rodeó el cuello y lo besó apasionadamente. Sus labios se unieron al mismo tiempo, como regidos por un instinto.

El beso continuó y continuó. Daba igual cuántas veces la hubiera besado Cormack. Siempre extraía de ella aquel sentimiento trémulo de asombro, como si fuera la primera vez.

Ella notó el cambio casi imperceptible del cuerpo de Cormack a medida que el deseo iba apoderándose de él, y un rastro de autoconservación empezó a frenar a Triss.

Por todos, pero sobre todo por Simón, Triss sintió que aquella vez no debía ceder a las demandas de su cuerpo.

Haciendo un gran esfuerzo, ella se apartó y agitó la cabeza.

—¿No? —preguntó él.

—No —dijo ella.

—Esta tarde no has dicho que no.

—Eso fue diferente —aquella tarde ella se había visto consumida por el deseo y el hambre para poder detenerse—. No te había dicho lo de Simón entonces.

—No. No me lo habías dicho —tensó la boca—. ¡Dios! ¿Qué me haces, Triss! —preguntó él, ardientemente—. Cuando me has contado lo de Simón, que lo habías ocultado deliberadamente, me juré no volver a tocarte, aunque me sintiera tentado a hacerlo.

—Lo sé —dijo ella.

—¿Cómo?

Triss se encogió de hombros.

—Sabía que el sentimiento de ultraje te apartaría de mí.

Él se rio levemente.

—Y en teoría debería de haber sido así. Solo que no es así, ¿no,

Triss? ¡No solo descubro que no sigo mis principios cuando me encuentro con tu deseable cuerpo, sino que encima estoy dispuesto a comprometerlos pidiéndote que te cases conmigo!

Triss se estremeció. Porque con aquellas palabras había dejado muy claro cuáles eran sus sentímientos.

¿Cómo podía casarse con él cuando le hablaba de aquel modo? No parecía tener el más mínimo respeto por ella como persona, aunque ese no era el tema principal...

El tema era que él se sentía atraído hacia ella contra su voluntad, y se lamentaba de ello claramente. Y no volvería a amarla del modo que ella lo amaba a él, sin la más mínima reserva.

Así que si aceptaba un matrimonio que esencialmente sería de conveniencia, tendría que hacerlo con todas las consecuencias. Y le destrozaría el corazón continuamente si se encontraba añorando otros sentimientos de parte de Cormack, un compromiso emocional que él no podía darle.

Debía pensarlo bien. No debía dejarse influir por el sexo entre ellos, por el modo en que Cormack le hacía el amor, porque tomaría una decisión que le haría daño a ella, o a Simón.

—Creo que los dos estamos muy cansados y emocionalmente agotados —le dijo ella—. Yo lo estoy. Ambos necesitamos dormir y tener la posibilidad de pensar nuevamente todo. Así que, buenas noches, Cormack. Te veré por la mañana.

Instintivamente ella le dio un beso en la mejilla, y el gesto los sobresaltó a los dos en aquel momento.

Aquellos gestos eran los más evocativos, pensó ella mientras se duchaba, antes de irse a la cama: los pequeños besos y apretones de manos, las pequeñas cosas que traían los recuerdos. Algo que le rompía el corazón a ella.

El sexo entre ellos era soberbio y siempre lo sería. Era como si sus cuerpos estuvieran programados para reaccionar del modo más espectacular frente al otro. Era una química única, pero eso no podía ser la base sobre la cual basaran una relación, como podían ser el amor y el respeto.

Cormack tenía razón, ¿cómo diablos se habían metido en aquel desastre?

Para su sorpresa, Triss durmió como un tronco, y cuando Simón

se despertó, a las seis de la mañana al día siguiente, ella decidió poner lo mejor de sí para arreglar los problemas entre ellos, por su bebé, y tener una actitud positiva.

Porque los bebés eran sensibles. Y era mejor que no viviera situaciones desagradables.

Empezó las tareas cotidianas con ánimo.

Cambió a Simón y lo llevó a su cama para darle la primera toma. Se desabrochó el pijama y le dio el pecho. Aquel era un momento de placidez, y ella lo disfrutaba mucho. Oía el canto de los pájaros y veía el sol de primavera por la ventana.

El niño estaba comiendo tranquilamente cuando un movimiento llamó su atención. Cormack se había acercado, y los estaba mirando con preocupación.

Solo llevaba unos calzoncillos negros de seda que dejaba poco a la imaginación.

Físicamente era casi perfecto. Hombros anchos, torso musculoso, caderas estrechas, piernas largas. Tenía la barbilla con una sombra de barba de un día, como siempre a esa hora de la mañana, algo que le daba un aspecto muy sexy.

Los miraba maravillado, y Triss supo que no debía excluirlo de aquel momento íntimo de su maternidad. Ya lo había excluido demasiado ya.

—Entra —le dijo Triss.

Normalmente el solo ver sus pechos le habría hecho mirarla con deseo anticipado. Pero, en ese momento, la expresión en sus ojos era de admiración. Aunque Triss estaba segura de que si volvía a poner a Simón en la cuna, la volvería a mirar con aquel hambre de siempre.

Se sentó al borde de la cama, sin ser consciente de su propia desnudez. Triss deseó haberle pedido que se vistiera.

—No me he dado cuenta de que aún le estabas dando de comer —murmuró él.

—Solo le doy el pecho en la última toma de la noche, y en la primera de la mañana —suspiró ella y luego dijo fervientemente—: Me da mucha rabia dejar de darle.

—¿Entonces por qué lo haces? Ella lo miró, cambió al niño de pecho y contestó:

—Porque probablemente tenga que volver al trabajo pronto.

—¿Al trabajo? —la interrumpió él, horrorizado—. ¿Quieres volver a trabajar? Ella agitó la cabeza.

—No, en realidad, no. Es como si me hubiera desacostumbrado a mi profesión.

—Entonces, ¿por qué te lo planteas?

—Porque necesito dinero para mantenerme a mí y a Simón. Necesito…

—Te daré todo el dinero que te haga falta para que no tengas que volver al trabajo —le dijo Cormack con reprimido enfado—. Aunque tal vez ese sea el motivo de que me hayas presentado a mi hijo, ¿no, Triss? ¿Para que me ocupe de mi papel de suministrarte dinero?

—¡No quiero tu asqueroso dinero, Cormack! —exclamó ella orgullosa.

Simón alzó la cabeza momentáneamente.

—Puede ser que no sea lo que quieres, cariño, pero tal vez sea lo que necesitas, ¡si con ello evitas que una niñera se ocupe de los trabajos de ordeñe de Simón!

—¡Oh! —Simón se había dormido, así que Triss lo retiró, y se lo dio a Cormack—. ¡Solo tú puedes usar esas palabras para referirte a un niño! ¡Millones de mujeres salen a trabajar todos los días y dejan a sus bebés y esos bebés están perfectamente bien cuidados! ¿Y tú piensas que voy a tener a alguien que no esté cualificado para que se ocupe de mi hijo?

Él pareció arrepentido.

—Lo siento. Tomo nota de ello.

Triss, que había estado a punto de hacer otro discurso a favor de las madres trabajadoras, cerró la boca al ver que él se disculpaba.

—¿Qué hago con él ahora? —preguntó Cormack suavemente, mirando al niño con ternura.

—Puedes ponerlo a dormir mientras me ducho y me visto —le sugirió ella—. Luego podemos desayunar todos juntos, si quieres.

—¿Tengo que echarlo? ¿No puede dormir un rato así?

Triss se sorprendió.

—Sí, por supuesto que sí, si no te importa.

—¿Importarme? No hay nada que me apetezca más —dijo Cormack.— Luego sonrió—. Bueno… Ahora que lo pienso… Hay otra cosa que me apetece muchísimo…

Triss se puso colorada.

Se fue a la ducha dejándolos así: Cormack acunando al niño; una foto para el álbum, pensó Triss.

Triss se llevó los vaqueros, la camiseta, y la ropa interior al cuarto de baño, puesto que no quería cambiarse delante de Cormack, y no quería molestarlo a él y al bebé, pidiéndole que se marchase.

Cuando se hubo vestido fue a su lado y tomó al bebé. Cormack protestó medio en broma medio en serio.

—Estaremos en la cocina —le dijo ella—. ¿Qué quieres desayunar?

Luego se arrepintió porque en los viejos tiempo él siempre le había contestado: «¡A ti!».

El breve empañamiento de sus ojos la advirtió a Triss de que él también lo había recordado, pero la sonrisa con que le contestó borraron toda preocupación de la mente de Triss.

—¿Qué desayuna Simón? —preguntó él.

—Siempre toma una papilla —le dijo ella, sintiéndose extrañamente tímida.

Algo parecía haber pasado entre ellos, que había vuelto algo de la magia y la comodidad de los viejos tiempos. Y a ella le gustaba. Le gustaba mucho.

Cormack sonrió.

—Yo tomaré huevos revueltos, por favor —dijo.

Triss bajó y puso a Simón en la trona.

Sus manos temblaban tanto que apenas podía batir los huevos, de tal modo que manchó el suelo. Fue hacia el fregadero a buscar un trapo y lo enjuagó antes.

Cuando estaba enjuagando el trapo vio que Simón se inclinaba hacia adelante en su trona. Triss pensó que se iba a caer.

—¡Simón! —gritó.

Y sin darse cuenta pisó el huevo caído y se cayó.

Pero su último pensamiento antes de caerse fue que no debía pasarle nada a su bebé.

—¡Cormack! —gritó con voz aterrada—. ¡Oh, por favor, Cormack!

Y entonces el mundo se le nubló.

Capítulo 11

CUANDO Triss volvió en sí estaba echada. No en el suelo de la cocina, sino extendida en uno de los sofás de la sala con Cormack cerca de ella, mirándola con cara de preocupación.

Al ver que abría los ojos dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Triss, gracias a Dios!

—¿Dónde está Simón? —preguntó ella inmediatamente.

—En el cochecito. Fuera.

—¿Fuera? ¿Dónde? —preguntó ella alarmada. Triss intentó incorporarse, pero Cormack la detuvo con mano firme.

—Allí. Mira —le señaló él hacia la ventana—. Al sol. Los bebés necesitan el aire libre. Está bien —frunció el ceño y la miró con preocupación—. Pero no es Simón por quien estoy preocupado. ¡Es por ti! ¿Cariño, cómo está tu cabeza?

—¿Qué pasó? —preguntó Triss.

—Te resbalaste en el suelo de la cocina. Debes de haberse derramado algo…

—Huevo —dijo ella y vio que Cormack fruncía el ceño.

—Solo has estado inconsciente un par de minutos, pero he llamado a Martha y a Michael inmediatamente. Michael está de guardia en el hospital, pero Martha está de camino. Llegará pronto. Se ocupará de cuidar a Simón mientras te llevo al hospital.

—¿Al hospital? —protestó Triss—. ¡Si no me hace falta ir al hospital! —intentó incorporarse, pero sintió náuseas, y se echó encima de la pila de cojines que Cormack le había colocado debajo de la cabeza.

—¡Oh, sí! —contestó Cormack—. Martha dice que si has estado inconsciente…

—¡Solo unos segundos! —señaló Triss.

—Unos segundos o unas horas… da igual. Tienen que hacerte radiografías.

—¡Es una tontería!

—Beatrice… —comenzó a decir—. No estoy jugando. O me permites que te lleve al hospital cuando llegue tu cuñada o llamaré a una ambulancia para que nos venga a buscar ahora mismo, con ruido de sirenas y las luces encendidas, ¡y un niño pequeño en

medio de todo ello!

Triss se echó hacia atrás. Se sentía débil e indefensa, pero también extrañamente satisfecha. Había estado sola con Simón durante tanto tiempo, que se había olvidado cómo era apoyarse en alguien, delegar alguna responsabilidad por una vez. Y era reconfortante, pensó, que alguien tomara las decisiones por ella, ¡aunque Cormack fuera un poco autoritario!

—¿De acuerdo? —preguntó Cormack.

—De acuerdo —dijo ella, en el mismo momento en que sonó el timbre de la entrada.

Cormack fue a abrir la puerta. Volvió con Martha, su cuñada, que corrió a su lado, preocupada. Cuando vio que Triss sonreía, pareció relajarse un poco.

—¿Estás bien? —le preguntó, tomándole el pulso a Triss.

—Estoy bien.

—¿Dónde está Simón?

—En el cochecito, afuera —contestó Cormack—. Tiene que desayunar algo el pequeño.

—De acuerdo —asintió Martha.

—¡Pero puedo darle yo el desayuno! —objetó Triss—. ¡Y no quiero ir a ese maldito hospital! Martha la miró y dijo serenamente:

—¿Cormack?

Cormack se agachó, la tomó en sus brazos y la llevó al coche. Triss notó que Martha sonreía complacida.

Cormack le abrochó el cinturón de seguridad.

La miró de lado. Estaba muy pálido.

—¡Deberías ser tú quien vaya al hospital! —exclamó ella en broma.

—Sigue hablando —le dijo él.

—¿Por qué?

—Porque Martha me ha dicho que no debías dormirte. Hablame, Triss —le imploró.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de lo que sea. Acerca de lo que esté más cerca de tu corazón. Cuéntame cosas del nacimiento de nuestro hijo.

Fue lo más difícil que había hecho en su vida, pero sirvió para el propósito de no dejar de hablar. Sus palabras salieron en un torrente emotivo mientras describía los primeros dolores de parto

en mitad de la noche.

—Nació un par de semanas antes de lo previsto. Y no tenía previsto estar sola —le explicó.

—¿Qué hiciste?

—Llamé a Martha. Vino enseguida, algo que hizo más por lealtad de amiga que sentido del deber, puesto que eran las tres de la mañana. Me tranquilizó, me estuvo hablando. Me ayudó a respirar. Ella... —se mordió el labio.

—¿Ella qué?

—Quería llamarte.

—Pero no la dejaste, supongo, ¿no?

—No. Y tú debes odiarme por ello. Por no darte la oportunidad de ver nacer a tu hijo.

¿Sería el golpe en la cabeza lo que le habría dado el valor para expresar en palabras su mayor temor?, se preguntó ella. ¿O sería que jamás había visto a Cormack tan accesible y tan abierto a ella?

—¿Cómo podría odiarte, Triss? Si solo un tonto sería incapaz de comprender por qué actuaste de aquel modo... —cambió el tono de su voz y dijo—: Hemos llegado.

Triss se sintió decepcionada, puesto que la llegada al hospital había interrumpido una conversación importante. Pero una cosa le quedó clara: Cormack no la odiaba. No la amaba, no, pero al menos no la odiaba. ¿Sería una base suficiente sobre la que pudieran cimentar su relación?

Él insistió en llevarla en brazos hasta la zona de urgencias. Triss al principio se sintió mortificada por aquella demostración de fuerza masculina. Luego, al ver las caras de admiración de las mujeres que lo veían pasar, se sintió más animada.

En Urgencias la enfermera encargada le dijo:

—¡Debería haberla puesto en una silla de ruedas!

—¿Para qué me iba a molestar? ¡Me gusta este método de transporte! —contestó Cormack.

Y a Triss también le gustaba. Ese era el problema. En realidad echó de menos el calor de su cuerpo y su fuerza cuando le dijeron que se echara en una fría camilla de hospital.

Cuando tuvieron las radiografías le dieron el alta. El médico le dio instrucciones acerca de los síntomas que debía tener en cuenta para volver al hospital.

—¡Y no debe estar sometida a estrés emocional, por favor! —lo advirtió, al notar la tensión que había entre ellos.

Lamentablemente las instrucciones del médico parecieron darle la idea a Cormack de que ya tenía carta blanca para organizar la vida de Triss como le pareciera.

La acostó en la cama al volver a casa, le dijo a Martha que podía marcharse, y se ocupó él mismo de Simón durante los dos días siguientes.

—¿Cómo sabes tantas cosas acerca de bebés? —le preguntó Triss, mientras tomaba la sopa de tomate que le había llevado Cormack.

Cormack estaba jugando con construcciones de madera para que Simón las tirase con un golpe.

—¿Y tú? —le sonrió él.

—Supongo que se trata de algo instintivo y de un método de ensayo—error, supongo.

—Lo mismo me pasa a mí —sonrió él—. Aunque he descubierto que a Simón no le gusta que le laven el pelo.

—Eh... No —dijo Triss.

—¡Creo que me he mojado más yo que él! —exclamó Cormack.

Triss se rio al pensar en su guionista exitoso, vencido por un niño de meses a la hora del baño.

¿Su guionista? ¿En qué estaba pensando? Si Cormack no era nada suyo. Cormack era el padre de Simón, nada más.

Él solo quería tener una relación lo más civilizada posible con ella, por el bien de su hijo.

Triss empezó a dejar de ver a Cormack como el demonio, y de verse como la víctima traicionada. Ella se había excedido en su venganza, una conclusión que no le daba ninguna satisfacción.

Pero el problema era que mientras Cormack estuviera allí con ella y con Simón, ella no dejaría de tener aquellas fantasías con él.

Tarde o temprano, tendrían que hablar del tema.

—¿Crees que algún día podríamos ser amigos? —le preguntó de pronto ella.

—Sí —contestó él, demasiado rápidamente. Hacía tiempo la había amado demasiado apasionadamente como para contemplar esa posibilidad. ¿Quería decir eso que el amor por ella había muerto completamente?

—Cormack… —empezó a decir. Pero él agitó la cabeza.

—Ahora, no, Triss —le dijo él suavemente—. Esperemos a que tú estés mejor, para discutir sobre cualquier cosa. Recuerda lo que dijo el médico. No tienes que estar sometida a estrés emocional.

Su gentileza era lo que más la turbaba.

Que Cormack estuviera tan solícito solo podía querer decir una cosa: que quería que ella se recuperase completamente antes de que le dijera que su proposición de matrimonio había sido una idea descabellada, producto de la confusión de un momento.

Pero ella había decidido que quería casarse con él, de todos modos. Era algo ridículo, puesto que no era un sentimiento compartido por dos. Ella se había acostumbrado a lo bien que se sentía con Cormack a su lado, en su vida, y podía imaginarse la tristeza y opacidad de la vida sin él.

Pero tal vez Cormack tuviera razón. Quizás fuera bueno que intentaran ser amigos. Seguramente ya era hora de que pasaran a una relación más racional. Por Simón.

—De acuerdo, entonces —dijo ella.

Dos días más tarde llamaron al médico de cabecera, que le dijo que se encontraba perfectamente. Cormack acompañó al doctor con una sonrisa de satisfacción.

Tardó unos diez minutos en volver.

—¡Voy a llevarte a almorzar fuera! —exclamó cuando apareció.

—Pero…

—Lola y Geraint van a venir a cuidar a Simón. ¡Van a casarse la semana que viene, por cierto! Y estamos invitados.

—¿De verdad? ¡Oh! Es… Es… ¡Es maravilloso! —exclamó ella.

—¿No es verdad?

—¿Tenemos que salir a almorzar fuera? —preguntó ella—. ¿No sería mejor festejar que estoy bien en privado?

—Sí, tenemos que salir a almorzar —dijo él.

Ella fue a protestar, pero vio el gesto decidido de Cormack y supo que sería inútil.

Al menos si estaban en público él sería más amable incluso. Y pronto a ella no le quedaría más remedio que enfrentarse al mundo exterior.

Aquellos días en que ella había estado viviendo recluida con su hijo y el padre de su hijo, se había sentido muy segura y confiada.

Y ahora sentía como si él cortaba el lazo que los había unido a los tres. Y que pronto se quedaría sin su amado Cormack.

—¿Dónde vamos a ir?

—He pensado que podríamos ir a un restaurante de por aquí. Así, si te encuentras cansada podemos regresar en poco tiempo.

El problema era que el restaurante de St Fiacre's estaría lleno de mujeres ricas, aburridas y hermosas que mirarían a Cormack babeando.

—Entonces, quiero cambiarme antes —dijo ella.

—Estás bien como estás —le dijo él.

Ella se miró las mallas azules y la sudadera. Estaba segura de cómo la mirarían en el restaurante.

Desde que Cormack había vuelto a aparecer en su vida, lo más elegante que se había puesto había sido el vestido de lino que había usado en la cabaña, aparte de eso, no la había visto con nada atractivo, excepto su pijama de seda, ¡pero Simón siempre lo manchaba de leche!

Bueno, si Cormack había decidido que aquel sería el día en que le diría adiós, al menos se pondría guapa para que le costase más.

Fue a su dormitorio y se arregló con todos los detalles que había aprendido durante su carrera de modelo. Cuando terminó se sintió satisfecha.

El pelo le había crecido un poco, y había suavizado sus facciones, lo que había complementado inconscientemente la serenidad que la maternidad le había dado.

Se puso un vestido corto de color verde lima de cuero, con una cremallera delante y botas a juego hasta los tobillos. Se las había regalado un famoso estilista italiano y diseñador de vanguardia para el que había pasado modelos.

El hombre le había dicho que no podría soportar ver aquel atuendo en otra mujer que no fuera ella, puesto que era ideal para ella.

Triss se miró al espejo y lo dudó. Era soberbio, sin duda. Y necesitaba una chica alta, delgada y de piernas largas para lucirse. Una modelo. Simplemente que no estaba segura de si el conservador restaurante de St Fiacre's estaba preparado para algo así.

Cormack ciertamente no lo estaba. Pestañeó varias veces como si

no pudiera creerlo. Se quedó mudo un momento hasta que dijo:

—Tal vez sea mejor que cancelemos la reserva de esa mesa, y comamos en casa…

—¡Oh, no! —contestó Triss—.Me apetece ir.

—Mmm…

Llegaron Lola y Geraint, riendo felices. Estaban tan enamorados que era difícil para ellos no estar como tortolitos todo el tiempo.

—Geraint se ha venido a vivir conmigo hasta que decidamos si nos vamos a quedar en St Fiacre's —anunció Lola.

—Dominic quiere que le dejemos la casa —dijo Geraint.

—¿Así que Dominic Dashwood va a volver aquí? —preguntó Cormack—. ¡Se te terminará la paz, entonces, Triss! La zona se llenará de periodistas…

—¡Oh, no! —Triss agitó la cabeza—. La seguridad en la zona es un requisito indispensable. Esa es una de las razones por las que compré la casa.

—¿Lo es? —preguntó Cormack. Y miró a Geraint.

Lola le enseñó el solitario que lucía en el dedo.

—¡Es hermoso! —Exclamó Triss, intentando reprimir la envidia en el tono de su voz.

¿Sería anticuada por desear que Cormack le comprase algo así?

¿Y qué sentido tenía desear lo inalcanzable?

—¿Dónde está Simón? —preguntó Lola.

—Dormido —contestó Cormack—. Lo he acostado hace unos diez minutos.

Triss notó que Lola y Geraint se miraban. Probablemente pensaban que Cormack y ella iban a casarse igual que ellos.

—¡Oh! ¡Adoro a Simón! —suspiró Lola—. ¡Me encantaría tener hijos nuestros! Pronto, Geraint, cariño. Un montón de niños.

—Quiero tenerte para mí solo un tiempo antes de tener niños —dijo Geraint con acento gales, y guiñó el ojo casi imperceptiblemente a Cormack.

Triss y Cormack dejaron a los tortolitos.

Fueron en coche hasta el restaurante. Condujeron lentamente. De pronto Cormack vio a un hombre detrás de un árbol.

—¡Mira! —le dijo Cormack.

—¿Paparazzis? —preguntó Triss.

—Eso parece.

—¿Sabes por qué? ¿Es por ti? —preguntó ella como hablando sola. Él agitó la cabeza.

—Soy demasiado aburrido y no doy el perfil para las revistas de cotilleos. No, debe de ser por Dominic. Te lo dije…

—Bueno, no debería ser tan rico ni tan atractivo… —observó Triss. Cormack la miró serio.

—O sea que te atrae, ¿verdad?

—No.

Él no siguió con el tema. Se quedó callado hasta que los situaron en la mesa del restaurante.

Los demás clientes del restaurante los miraron con curiosidad, pero ni Triss ni Cormack lo notaron. Les dieron la carta. Pero la de Triss no se veía bien. Miró a Cormack pidiéndole ayuda.

—Dos ensaladas César para empezar —dijo él, interpretando correctamente la mirada de Triss—. Luego salmón a la parrilla con guisantes. Media botella de Vouvray y agua fría por favor.

Devolvieron las cartas y se quedaron en silencio.

Triss se sentía nerviosa y asustada.

Cormack se inclinó, le tomó la mano y le dijo suavemente:

—Te amo, Triss Alexander. Entonces, ¿quieres casarte conmigo, por favor?

Capítulo 12

TRISS miró a Cormack sin poder creer lo que oía. —Tú no me amas. No digas que me amas cuando no es así —susurró. Él frunció el ceño.

—¿No quieres? ¿No quieres casarte conmigo? ¡Oh, yo sí, Triss! Esta es la segunda vez qué te lo pido, ¿lo recuerdas?

—¡Pero tú no me amas! —exclamó ella, sin importarle que la gente los estuviera mirando—. Tú solo dices eso porque quieres a Simón, ¡y sabes que yo soy parte del paquete! Y sabes que yo no me casaría por nada del mundo, excepto que me_ amases...

—¿No lo harías?

—¿El qué? —preguntó ella con desconfianza.

—El casarte conmigo si yo no te amase. Sé sincera, Triss.

Triss no podía mirarlo a los ojos y mentirle.

¿No había decidido aquella tarde que se casaría con él, si él quería hacerlo?

—Sí, creo que me casaría igual —admitió ella en voz baja.

—¿Y por qué lo harías?

¿Debía arriesgar su orgullo contestándole? ¿No le debía eso al menos, después de lo que le había hecho a él?

—Porque te amo. Tengo amor suficiente para los dos —dijo ella.

Él la miró sonriendo. Luego empezó a reírse. Nunca había visto a Cormack reírse tanto.

—¿De qué te ríes? —preguntó Triss indignada.

—De nada. De todo. ¡Oh, cariño! ¡Acabas de transformar mis sueños en realidad!

—Cormack...

Él agitó la cabeza.

—Déjame que te diga algo, Triss. Necesito sacar esto de mi corazón. Cuando nuestra relación se estropeó antes... . —Fue por mis celos —dijo ella.

—Bueno, sí, en parte. Pero no podía hacerte sentir segura si creías que era capaz de serte infiel.

—En realidad no lo creía. Simplemente no quería que tuvieras mujeres hermosas a tu alrededor cuando yo no—estaba contigo. Yo quería estar contigo todo el tiempo, Cormack, pero pensaba que si

lo estaba, tú no me querrías más.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué diablos pensabas eso?

—Porque era una modelo de éxito, ¡y tú te habías enamorado de esa mujer! ¿No te habrías sentido decepcionado si de pronto hubieras descubierto que mi única ambición en la vida era ser ama de casa?

—Cariño, cariño... La gente cambia. Es natural.

Y está bien. De otro modo nadie se asentaría, se casaría y tendría hijos —Cormack suspiró—. Tendríamos que haber hablado de ello en lugar de dejar que todo esto nos alejara. ¡Y eso fue culpa mía!

—¿Por qué?

—Por mi pasado, supongo —se encogió de hombros—. El crecer junto a mi padre... —terminó diciendo con un hilo de voz.

Triss se acordó de lo que había pasado él en la infancia.

Le apretó la mano. Él le sonrió.

—Vivíamos en una zona de trabajadores de Belfast, donde a los hombres se les enseñaba a beber o a quitarse el dolor a puñetazos. Ciertamente no nos enseñaban a hablar, a analizar las cosas, ni a hablar de sentimientos. Y aunque me escapé a los Estados Unidos en cuanto pude, me acostumbré a no abrirme a la gente y a no comunicarme. Triss, querida, mírame a los ojos y dime que no me crees que te amo.

Ella alzó la mirada. Los ojos azules de Cormack parecieron cegarla con su amor.

—Te creo, Cormack. Te creo —dijo, y pestañeó para borrar las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos.

Él le acarició la pahua de la mano y la miró a los ojos.

—Tengo que hacerte una confesión —le dijo. Triss sabía que nada que pudiera decirle podría sorprenderla ni sobresaltarla.

—Adelante —le dijo Triss.

—Aquella noche de Año Nuevo... Yo sabía que tú ibas a ir a esa fiesta.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó ella. Aunque en verdad se sorprendió menos de lo que esperaba.

—Martha me llamó por teléfono...

—¿Martha?

—Después de que estuvieras con ellos me llamó. Me dijo que

teníamos que hablar, pero mi cabezonería no me permitió hacerlo. Fui allí con la idea de que si te veía podría borrar para siempre el hechizo que tú habías ejercido sobre mí. Pero por supuesto, tuvo el efecto contrario —hizo una pausa—. ¿Estás enfadada?

—¿Con Martha?

—No,conmigo.

—Me siento halagada de que hayas ido a verme en una noche como aquella, atravesando el campo nevado para exorcizar mi fantasma.

—¡Y mira lo que pasó! Ahora sería capaz de recorrerme el mundo entero, si hiciera falta, para ver tu hermoso rostro, Triss Alexander... ¡Oh, Dios! —hundió brevemente la cara en sus manos, y luego alzó la mirada con un gesto de desesperación burlona—. ¿Realmente lo he dicho?

—Sí. ¡Lo has hecho! —dijo ella, contenta—. Me gustas cuando te pones sentimental...

—Entonces, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —susurró ella.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—¿Mañana?

Él la miró frunciendo el ceño y le dijo:

—No sé si puedo esperar tanto —Cormack miró los platos de ensalada que acababa de poner el camarero, frunció la nariz y le preguntó:

—¿Y tú?

—¿Estamos hablando de matrimonio ahora? ¿O de cama?

—De cama —dijo él con brillo en los ojos.

—Pensé que no me lo pedirías nunca —suspiró Triss.

Se puso de pie y Cormack dejó unos cuantos billetes en la mesa sin siquiera contarlos.

Casi no podían esperar a estar fuera para abrazarse y besarse, como si no existiera el mañana.

Dentro del restaurante, los camareros italianos miraron a la pareja con indulgencia, mientras las mujeres suspiraron celosas.

De hecho, una mujer delgada y de huesos pequeños, llena de joyas, le dijo a una amiga que no comprendía por qué alguna gente se molestaba a ir a un restaurante, cuando en lo que menos pensaba era en la comida.

¡Y Triss y Cormack, si las hubieran oído, habrían estado de acuerdo de todo corazón!

Sharon Kendrick — Serie Dulce es la venganza 2 — Hijo del desamor